

LA INFLUENCIA SADIANA EN EL DESBARRANCADERO DE FERNANDO
VALLEJO.

JHONNY CHAVES PINILLA

Trabajo de Grado

Presentado como requisito para optar por el título de Profesional en Estudios Literarios.

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE LITERATURA
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS
BOGOTÁ AGOSTO 2009

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
JOAQUÍN SÁNCHEZ GARCÍA S.J.

DECANA ACADÉMICA
CONSUELO URIBE MALLARINO

DECANO DEL MEDIO UNIVERSITARIO
LUIS ALFONSO CASTELLANOS RAMÍREZ S.J.

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA
CRISTO RAFAEL FIGUEROA SÁNCHEZ

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS
JAIME ALEJANDRO RODRÍGUEZ RUÍZ

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO
LUIS CARLOS HENAO DE BRIGARD

Artículo 23 de la resolución No. 13 de Julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al Dogma y a la Moral Católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

A Lilia y Ernesto por su paciencia y generosidad.

CONTENIDO

Introducción.....	7
Capítulo 1: Los Signos sadianos en <i>El desbarrancadero</i> . Guía lingüística de dos retóricas.....	12
1.1 El encierro sadiano.....	12
1.2 La comida sadiana.....	13
1.3 Físico sadiano.....	14
1.4 El dinero sadiano.....	16
1.5 Proyecto educativo.....	16
1.6 Erotismo.....	17
1.7 El código erótico.....	18
1.8 La palabra.....	20
1.9 Códigos de la palabra.....	21
1.10 La tarea de la escritura.....	21
1.11 Violencia metonímica.....	22
1.12 La monotonía.....	23
1.13 La irrealidad.....	23
1.14 Ocultar a la mujer.....	24
1.15 La censura, La inventiva.....	26
1.16 El odio al pan.....	27
1.17 Social.....	28
1.18 Urbanidad.....	28
1.19 La crudeza.....	29
1.20 El tornasol.....	29
1.21 La familia.....	31
1.22 Los espejos.....	32
1.23 Rapsodia.....	33
1.24 La disertación/ La escena.....	34
1.25 La ironía.....	35
1.26 El lenguaje y el crimen.....	35
1.27 ‘Strip-tease’.....	36
1.28 El pornograma.....	36
1.29 El lenguaje de Agustín.....	36
1.30 Poner orden.....	38
1.31 La costura.....	38
1.32 Sadismo.....	39
1.33 Proyecto educativo II.....	39
Capítulo 2: Vallejo personificación del libertinaje: El placer de una apostasía.....	41
2.1 La sodomía.....	41
2.2 Las fantasías Sacrílegas.....	47
2.3 Los gustos crueles.....	49
Capítulo 3: Vallejo: un rebelde metafísico.....	54
Conclusiones.....	66
Referencias citadas.....	70
Bibliografía.....	71

INTRODUCCIÓN

Viendo cómo durante la escritura de Fernando Vallejo ésta se caracteriza por su lenguaje iconoclasta y reaccionario, fue inevitable notar que las maneras de abocar al lector hacia la denuncia por las potestades morales de la Iglesia, la falsa moral respecto a la sexualidad sodomita, la figura del dios cristiano entre otras, correspondía a una lectura posterior de Donatien Alphonse François de Sade, conocido comúnmente como el marqués de Sade. Luego de conocer varios de los textos principales tanto de Vallejo como de Sade, determiné cuáles de estos eran más propicios para identificar su clara analogía, y estos fueron *El desbarrancadero* (2001) del escritor colombiano y *La filosofía en el tocador* (1795) del francés del siglo XVIII. Pero es necesario resaltar que la influencia narrativa de Sade se expande de manera muy clara también con *El fuego secreto* (1987), segunda novela de la colección autobiográfica *El río del tiempo*, y con *La virgen de los sicarios* (1994) en temas como el desenfreno sexual y la desvirtuación de los ritos religiosos.

Entre la irreverencia y la provocación Vallejo se incluye en la tradición de escritores que promulgan una sublevación contracultural tales como Porfirio Barba Jacob, del cual Vallejo es confeso admirador y del cual escribió una reconocida biografía llamada *El mensajero* (1991), y del movimiento literario colombiano de los años 50 y mediados de los 60, el Nadaísmo. Suscitando de esta manera que su marcado lenguaje oral está diseñado específicamente para la controversia y la discusión, es la intención de esta tesis el comprobar que Vallejo bajo la influencia del marqués de Sade pretende como lo hizo este último sojuzgar la moral social bajo el mismo método de subversión. Las distintas disertaciones, las invectivas morales, los señalamientos sobre el libertinaje como una forma de rebeldía y de insurrección hacia la injusticia divina, son algunas de las formas en que Sade como precursor de Vallejo exploró un discurso del que el autor de *El desbarrancadero* es heredero. Sade como pionero del discurso del libertinaje pretendió con su escritura trastocar las distintas instituciones sociales tales como la familia y la religión, y será uno de los objetivos de esta tesis el corresponder el cómo lo hizo y de qué manera se ve en la novela de Vallejo. De esta forma las siguientes páginas se verán encausadas hacia una lectura sadiana de *El desbarrancadero*, el reconocer en Vallejo a un libertino y en anexar como una fuente necesaria a Sade para estructurar esta novela.

Y al terrible matacuras que hay en mí, descendiente rabioso de los liberales radicales colombianos del siglo XI como Vargas Vila y Diógenes Arrieta, de la Revolución Francesa, el marqués de Sade, Renán, Voltaire, sectario, hereje, impío, ateo, apóstata, blasfemador, jacobino, le dio en aquella ocasión un ataque de ira santa que casi lo mata. Sobrevivió porque estaba escrito en el libro del destino que había de escribir éste. Y aquí me tienen, viendo a ver cómo le atino a la combinación mágica de palabras que produzca el cortocircuito final, el fin del mundo. (Vallejo, p. 163)

Como primera medida, el primer capítulo llamado: “Los Signos sadianos en *El desbarrancadero*. Guía lingüística de dos retóricas”. Será una implementación del texto *Sade, Fourier, Loyola* del francés Roland Barthes el cual mediante la ciencia del Estructuralismo y la Semiología gestionó un sistema lingüístico del marqués el cual identifica las relaciones de los signos en la obra sadiana. Recordando antes la división en dos del signo lingüístico, el significado y el significante. Este reconocimiento de los signos como operadores del lenguaje en *La filosofía en el tocador* y *El desbarrancadero*, muestra cómo estas novelas están estructuradas y cómo se pueden comprender desde una mirada teórica en cuanto este método es el planteamiento de un código gramático que busca sumar los signos lingüísticos para cifrarlos como una misma unidad narrativa. El parámetro central en la obra de Barthes será el construir una contraseña para la lectura de Sade brindando de esta manera una sustitución semiológica de la interpretación subjetiva del lector. Barthes como sucesor de Ferdinand de Saussure y de sus estudios sobre la lingüística moderna busca darnos una lectura denotativa de Sade al fragmentar su discurso en sus correlaciones narrativas y sociales, es decir, catalogando su método narrativo frente a la funcionalidad discursiva en cuanto a su relevancia cultural. Esta fragmentación conformada como un orden semiológico es la pretensión del crítico por demostrar un principio de interrelación de los signos para llegar a unirlos como una totalidad, y partiendo desde ahí lograr construir un modelo teórico que argumente las relaciones entre el todo y sus partes. Esta técnica del Estructuralismo y que aplicaré en la novela de Vallejo, consiste en develar la estructura inconsciente que opera en la escritura vallejana tomando el modelo hecho por Barthes. Por ejemplo anticipándonos al signo de *La monotonía*, Barthes nos habla de cómo Sade se repite y se referencia dentro de su misma obra, exaltando que la monotonía es producto de la simple fijación en la repetición y en su carácter mimético. Pero lo que revelará en este caso específico la analogía de estructuras semióticas es que mediante la

autorreferencia ambos autores buscan legitimar su discurso, en el caso de Sade en la manera en que sus novelas poseen esa correspondencia temática de corrupciones, disertaciones e invectivas. Entre mayor carácter repetitivo, mayores opciones de convencimiento para el lector, de ahí la pretendida verosimilitud de sus narraciones. “Por eso, porque mientras me afeitaba y bajaba al cuarto de los trastos viejos por la varilla el engendro salió, sólo tengo dos muertos sobre mi conciencia, que le dan un toque de caridad cristiana a “Los caminos a Roma”: un gringuito muy bonito con el que me crucé en España, y una conserje de París.” (Vallejo, p. 174)

Vallejo hablando sobre “la relación directa entre los años que vive el cristiano y los muertos que carga”: “Véase mi tratado de tanatología “Entre fantasmas” donde queda todo esto muy bien explicado, con sencillas palabras y numerosos ejemplos tomados de la vida diaria. Va como por la decimoquinta edición.” (p.128) La guía que planteó Barthes de esta manera es aplicada en Vallejo para hallar su funcionalidad estructural, reconociendo a *Los caminos a Roma* y a *Entre fantasmas* como parte de *El río del tiempo*. En este signo específico ambos autores pretendieron articular su narración desde la autorreferencia para sustentar la verosimilitud de sus textos, el tratado de Barthes nos revelará siguiendo este camino cómo Sade fue un arquetipo semiótico para Vallejo y de qué manera este modelo teórico estructura en gran medida a *El desbarrancadero*.

En cuanto al segundo capítulo llamado: “Vallejo personificación del libertinaje: El placer de una apostasía.” Revelaré cómo el yo-narrador-protagonista de la novela de Vallejo sigue las consignas libertinas desde el sensualismo hedonista que plantea el discurso sadiano. Los tres tipos principales de gustos durante el libertinaje descritos por Dolmancé en *La filosofía en el tocador* serán ejemplificados por ese yo-narrador y de la misma manera demostraré por medio de distintos artículos y entrevistas cómo Vallejo también posee esa *monotonía* que consiste en la correspondencia del discurso dentro de su lenguaje oral. Una de las maneras con que Vallejo personificará el escrito de Sade será con la constatación por la denuncia y desvirtuación de las instituciones sociales: “Bien dijo el borracho que bajó por el Camellón de San Juan una noche gritando, enarbolando una botellita de aguardiente semivacía: -¡Abajo mi puta mujer y mis hijos! ¡Vivan los maricas!”. (p. 58) Y exaltando también una de las temáticas principales en la escritura de Sade, la soledad de la desvinculación, vista desde esta perspectiva con la sexualidad sin erotismo de los objetos de depravación. En este caso fue necesario uno

de los textos más adecuados sobre la visión de Sade, el escrito de Octavio Paz *Un más allá erótico: Sade* en cuanto que este establece una mirada generalizada que se aleja de la exclusiva predisposición por la violencia sexual, tema muy importante en Sade, pero ajeno a nuestra analogía con Vallejo en la medida en que el autor de *El desbarrancadero* no adopta esta postura de ningún modo y, además porque Paz comprende una “tradición de la ruptura” que asemeja de gran forma a Sade con Vallejo en cuanto al instinto y a la exaltación del libertino en su soledad, en su sociedad singular. “El libertino es un solitario que no puede prescindir de la presencia de los otros. Su soledad no consiste en la ausencia de los demás sino en que establece con ellos una relación negativa. Para que pueda realizarse esta relación paradójica, el objeto erótico debe gozar de una suerte de conciencia condicional: ser un muerto en vida o un autómeta.” (Paz, p. 57)

Y consecuente con la exaltación del libertino sobre sus objetos sexuales y sobre las entidades abyectas dentro del discurso, el tercer capítulo llamado: “Vallejo: un rebelde metafísico” establecerá cómo el libertinaje es una insurrección y no una negación ontológica que atraviesa las instituciones hacia un cuestionamiento moral del dios cristiano. El sujeto del discurso, en este caso ambos libertinos tanto Dolmancé para Sade y el yo-narrador-protagonista para Vallejo, sobrepasan su ideología nihilista para alcanzar su exención solipsista, es decir, trascienden su cuestionamiento hacia la misma figura de Dios mediante una rebeldía metafísica planteada por la lectura sadiana de Albert Camus en *El hombre rebelde*.

P. Desde Voltaire, casi nadie había sostenido un mano a mano tan intenso contra el Papa como usted. Christopher Domínguez Michael le compara, a mi modo de ver con razón, con un moralista del XVIII.

R. A Voltaire lo educaron los jesuitas, y a mí los salesianos. Y los jesuitas comparados con los salesianos son unas mansas palomas. Yo conozco lo peor de lo peor. Pero mi polémica no es con este Papa, que al fin de cuentas no es más que un pobre diablo que ya por fortuna se va a morir; mi polémica es con Cristo, uno al que tampoco le dio el alma para entender lo que tenía que entender: que los animales también son nuestro prójimo, y no sólo el hombre, que es el más malo de los animales. Y después de Cristo con Mahoma, esa bestia reproductora y lujuriosa. (Villoro)

Las injurias de Vallejo contra Dios y contra Cristo se verán desde la figura inmoral que debe ser desmitificada para corresponder el discurso sadiano. Tanto Vallejo como Sade usarán la posibilidad contingente de la existencia de Dios para atentar contra ella y desvirtuarla desde su misma posición arbitraria e indiferente frente a los hombres. De este modo el tratado de Camus será la guía para ver al libertinaje como rebeldía metafísica, arguyendo que la existencia literaria de este tipo de rebelde acaece desde tiempos antiguos con el *Prometeo* de Esquilo, el cual influirá con la creación en occidente de la figura del libertinaje y atravesará hasta nuestro tiempo con la lectura de Nietzsche. Camus sustentará que el rebelde metafísico es paralelamente creado con la historia del cristianismo y que así el libertino repudiará al dios omnisciente por impotente o inmoral. Mediante “el aciago demiurgo” que ha creado el rebelde, el libertino podrá librarse de la figura virtuosa de Dios para constatar de esa manera que el dios inútil del cristianismo es el más útil del libertinaje.

Primer Capítulo.

Los Signos sadianos en *El desbarrancadero*. Guía lingüística de dos retóricas.

Para realizar el estudio semiológico de *El desbarrancadero* en cuanto a su relación con la escritura del marqués de Sade, he creído pertinente recurrir al sistema lingüístico que encontró Roland Barthes en *Sade, Fourier, Loyola*, en cuanto que es una crítica acertada a la estructura novelesca de los signos narrativos y argumentativos del marqués. La confluencia entre la imagen acústica y la imagen mental (significante y significado) como realidad conceptual hace que la lectura de los signos novelescos se atribuyan y se correspondan a la escritura sintagmática de Sade y de Vallejo. El acto de la denotación en la escritura, y como sucede en ambas retóricas, la de Sade y la de Vallejo, consiste en la articulación de metatextos que formulen ese metalenguaje en dónde lo inefable desaparece y se arguya la palabra explícita, aquí presentado para la articulación de los signos y sobre todo para el escándalo del sentido, la palabra reaccionaria. Pero en la medida en que la novela de Vallejo no es una apología de Sade y esta interpretación deviene en un plano comparativo, el lenguaje de los signos de Sade no es completamente análogo a Vallejo. Por eso es necesario, para nuestra comparación, adecuar la lectura de éstos a los explícitamente relevantes y referenciales.

Sade I

1.1 El encierro sadiano.

Barthes distingue este signo como la elaboración de Sade para “proteger la lujuria de los recursos punitivos del mundo”, así como la teatralidad de la “voluptuosidad de ser”. Viendo cómo en los libros del marqués este espacio está circunscrito a la lejanía y al desenfreno de la Naturaleza, Vallejo crea un lugar semejante en la distancia en el que la escena transcurre como una cualidad erótica de esparcir esa Naturaleza y recrearla en la práctica de ese “secreto” hermético de la soledad, el lugar que sólo él (y su hermano Darío) conoce y transcribe luego. Vallejo lo expresa a través de su yo-narrador-protagonista: “Liberados de la ciudad y de su maledicencia congénita, a la vera del camino, bajo la luz de la luna y la turbia mirada de Saturno, con el primer aguardiente y en la primera parada se iban quitando la ropa”. (p.131) La escena ocurre en un carro (Studebaker) a las afueras de Medellín junto a su hermano Darío, con quien está hablando. La locación, en este caso la carretera junto al barrio Buenos Aires, camino hacia el Alto de Minas, subiendo de Medellín a Santa Bárbara, es la que recrea el

espacio sadiano de la unicidad del episodio que sucede en la palabra. Barthes, al decir que este tipo de encierro es lo que “permite el sistema, es decir, la imaginación”, pretende sojuzgar la atención de la moral social y privilegiar la exención del sujeto del discurso y sus “objetos” en escena. “-¡Fuera ropa! O a qué creen que subimos hasta aquí, bellezas, ¿a divisar el paisaje?” (p.143) La novela de Vallejo repetidamente hace referencias al mismo lugar, “la cama ambulante” como la llama Vallejo, “envidia de Medellín”, ya que es la que permite esa “autarquía social” que según Barthes despliega su propia sociedad interina en la que se concede una moral completa en ese único tipo de espacio. No son semejantes a esta “cama ambulante” los otros lugares de prácticas sodomitas de Vallejo, tales como el burdel de muchachos en Nueva York con un personaje alterno (Salvador), el Admiral Jet de la Calle 80 del West Side, o la Terraza Pasteur en la Carrera Séptima de Bogotá, pues en estos el yo-narrador-protagonista está relegado a un papel participativo, además de no tener la característica del ‘encierro sadiano’ del cual se desprende la exención única que provee la autarquía del sujeto del discurso. En estos episodios, el erotismo se revela únicamente como la mera enunciación de los mismos actos, en lugar de ser descritos con la autonomía que la escena requiere.

1.2 La comida sadiana

Para Barthes, la comida sadiana es un referente al sistema de la lujuria, un factor acumulativo en el planteamiento de la relación entre el sujeto del discurso y sus objetos en correlación. Pero también indica, y esto es muy importante para nosotros, que este signo es un señalamiento a la desigualdad social. Adelantándonos al signo del *Dinero*, y retomando el del *Encierro*, Vallejo utiliza la comida como herramienta para patrocinar la lujuria. Aquí el Aguardiente es el que colabora con el yo-narrador-protagonista para seducir y facilitar el sistema en cuestión. Pero así como en Sade, también posee la función de la distinción entre sujetos de clase. En la misma escena del encierro, antes de llegar a la vera del camino, Vallejo ve a unas personas pobres que les están gritando:

“-¡Maricas!- nos gritaban cuando nos veían pasar, cargada nuestra máquina prodigiosa de bote en bote de muchachos. ¿Maricas? Eso era como Cuba hambreada gritándoles imperialistas a los Estados Unidos. Les tirábamos un cubito de caldo Maggi por la ventanilla y ni los determinábamos. –Sigán pariendo, cabrones, que aquí nosotros vamos dando cuenta de lo que salga.” (p.131)

Aquí la comida explícitamente refleja cómo el sujeto del discurso garantiza la separación con una clase social marginada. Pero es importante resaltar también que la comicidad cruel del episodio es la anticipación de la escena erótica, es decir, no refleja ningún exotismo en la comida, como lo describiría Barthes, sino que se muestra como la comparación de un signo exclusivo y por ende excluyente: el patrocinio de la lujuria frente a la necesidad del no privilegiado.

1.3 Físico sadiano

El físico sadiano respecto a su utilidad en la lujuria consiste en varias relaciones narrativas tales como la belleza y la juventud, y la fealdad y la vejez. Barthes distingue en primera medida el físico de los *libertinos*, aquellos que poseen una edad medianamente elevada y una fealdad pronunciada, luego a los *sujetos de depravación* generalmente jóvenes y bellos. Al igual que en Sade, Vallejo está condicionado por el desprecio a la vejez y por la idealización de la juventud, pero más como una fórmula expresa de seguimiento que como una alternancia con la forma del discurso, como sí sucede en Sade, es decir, de categorización y no como recurso de amplitud y cobertura implícito en la abstracción. En la medida en que Vallejo es más riguroso que Sade, en cuanto plantea un profundo desprecio por la figura de la mujer –excluyéndola-, y además privilegia siempre el atractivo del cuerpo adolescente y el semblante del físico conservado ajeno a la vejez, revela una teoría del cuerpo siempre inclinada a la belleza de la corpulencia anatómica y sobre todo fisonómica. “Manuelito, mi decimoquinto hermano (el último porque al Gran Guevón no lo cuento), era un tierno niño cuando aprendió a leer, y yo un muchacho apuesto cuando le enseñé: un mocito de innegable belleza como dan testimonio las fotos”. (p.52) Y respecto a la vejez (comparándola con su Studebaker): “En cuanto a las bellezas, si es que viven, ay, no han de servir ni como carne para los leones del zoológico o para hacer salchichas. Así pasa. En el ajuste final de cuentas les va menos mal a los carros que a los cristianos”. (p.129) También y aún más explícito: “La vida es un sida. Si no miren a los viejos: débiles, enclenques, inmunosuprimidos, con manchas por todo el cuerpo y pelos en las orejas que les crecen y les crecen mientras se les encoge el pipí. Si eso no es sida entonces yo no sé que es”. (p.45)

En cuanto a la descripción de la belleza juvenil, Sade, a través de la voz de Mme. De Saint-Ange, tras nombrar la edad de la víctima (15), expresa: “En cuanto a Eugenia,

sería inútil, amigo, que tratase de pintártela: está más allá de mis pinceles; que te baste el convencimiento de que ni tú ni yo hemos visto jamás nada tan delicioso en el mundo”. (p.21)

Otro punto muy importante en la escritura de Sade y fijada por Barthes son los dos tipos de retratos: el realista y el retórico. En cuanto al primero, y como método de caracterización del individuo, Vallejo define a los sujetos según los atributos de cada uno y su necesidad de particularizarlos. Por ejemplo, hablando de Dick, “un negro puerco y grasiento”, y tal vez el personaje mejor descrito eróticamente durante la novela, nos dice:

Y era Dick, en efecto, un negro puerco y grasiento, evangélico, a quien ni la heroína ni la santa Biblia le atemperaban la lujuria, horadando desde el otro lado del baño, con el instrumento que nuestro padre Adán el Australopithecus puso a funcionar en su jardín hace cuatro millones de años cuando bajó del árbol y gracias al cual estamos aquí, el frágil tabique de cartón que hacía de pared y que nos separaba de su apartamento o covacha. Lo primero que apareció, abriendo brecha, fue el casco negro, lustroso, al cual siguió, con un embate enfurecido, endurecido como un fierro, el barreno inmenso, desmesurado, prodigioso, de un grosor excelso y veinticinco centímetros cuando menos de longitud (o diez pulgadas si mide usted, Santísimo Padre, en el sistema inglés) hasta la base ensortijada por la que se unía al cuerpo. (p. 138)

Al igual pasa con su hermano Darío, decaído físicamente por el sida, “enfermedad innombrable”: “Comparando los despojos de mi hermano con los fríos resultados de la báscula llegué a una conclusión de física muy interesante: la Muerte pesa cada día menos y menos y menos”. (p.161) Sade, por ejemplo, hablando del cuerpo de la víctima, escribe:

”Pues bien, amigo, sus cabellos castaños, tan sedosos que casi no se dejan coger, le llegan hasta más abajo de las nalgas; su tez es de una blancura deslumbrante, su nariz un poco aquilina, sus ojos de un negro de ébano y... ¡tan ardientes!... Su boca es muy pequeña, sus dientes soberbios, todo ello tan pleno de frescura...” (p.21)

Y en cuanto al segundo, el de los *sujetos de depravación*, Vallejo, igual que Sade, procede de una manera ilustrativa y consecuente, describiéndolos sólo como objetos de enumeración de conquistas pasadas. Hablando sobre su hermano: “Y en prueba de mi cariño le regalé su primer muchacho: de dieciséis añitos tiernos, con un mechón de cabello en la frente y ojos color de esmeralda”. (p.147) “(...) regresábamos entonces a

nuestro apartamento del primer piso, el del “super”, a fumar marihuana y a esperar, a ver qué muchacho del Central Park nos caía: si blanco, negro, amarillo o cobrizo”. (p.140)

1.4 El dinero sadiano

Para Barthes, y en este caso para Vallejo, el dinero sadiano cumple dos funciones: amparar la logística de las escenas y la resolución de las diferencias sociales como un *operador de separación*. El primero se reconoce en Vallejo al actuar como patrocinador principal de los gastos libertinos, como, por ejemplo, el Studebaker, que es el medio para llegar al Encierro; el aguardiente en la seducción de los Objetos, e incluso el apartamento del Admiral Jet en Nueva York, donde junto a su hermano se “pasaban a un muchacho negro buenísimo como pelota de ping pong”. En cuanto al segundo, al *operador de separación*, las diferencias sociales ya fueron resaltadas por el signo de la comida sadiana: “La riqueza es necesaria porque convierte la desgracia en espectáculo”. (Barthes, p.34) Y respecto a ésta afirmación ya se citó el episodio del cubito de caldo Maggi. Pero en Vallejo, como en Sade, este sistema es de alegoría, mientras que en ambas retóricas existen otros temas directos sobre la desigualdad social tales como la superpoblación e incluso la misma pobreza. Es necesario anticiparse al signo sobre la misma posición social del sujeto libertino puesto que el libertino es un sujeto aristócrata y no burgués, aunque no se niega la posibilidad de lograr ambas. El dinero es sólo necesario para las dos premisas ya enunciadas.

1.5 Proyecto educativo

Son bastante claras las intenciones educativas del sujeto libertino respecto a la valorización de su discurso por medio de la instrucción. Los protagonistas y demás personajes de ambas obras se ven envueltos en un discurso basado en prerrogativas debidas a la enseñanza; por ejemplo, Dolmancé y Eugenia como victimario y víctima, o el mismo Vallejo y su hermano Darío como cómplice en la vida social y erótica. Pero el verdadero *proyecto educativo* tras la misma narración, y que destacó Barthes en Sade, es el de la instrucción al lector.

A vosotros, voluptuosos de todas las edades y de todos los sexos, sólo a vosotros ofrezco este libro: nutríos de sus principios, que favorecen vuestras pasiones; pasiones con la que fríos y ramplones moralistas os espantan y que son sólo los medios que utiliza la naturaleza para lograr que el hombre llegue a comprenderse como ella misma lo comprende; escuchad únicamente a esas deliciosas pasiones; su órgano es el único que ha de conducirlos a la felicidad. (Sade, p.11)

Este método de convencimiento, privilegio entre libertinos, busca conducir al lector hacia sus mismas opiniones e ideas como una forma de ilustración que revela sus “verdaderos” designios: “La vida es tropel, desbarajuste; sólo la quietud de la nada es perfecta. ¡Ay del que contribuya al caos de este mundo propagándolo porque en él perecerá! Y no lo digo yo, un pobre diablo: me lo dijo anoche el Profeta”. (Vallejo, p.67) O hablando con el lector después de una disertación sobre las mujeres embarazadas: “No se me vayan a ir de este mundo sin antes torcerle el pescuezo a alguna”. (p.149) Y respecto al acierto de compartir una opinión con el autor, Vallejo, hablando sobre unos doctores que comparten su dictamen acerca de la enfermedad de su hermano: “Al que coincide conmigo le abro de inmediato un campito en mi corazón y le otorgo la categoría de poseedor indiscutible de la verdad, y así procedí con ellos”. (p.86-7) El autor, al hacer esta afirmación, excluye cualquier discurso externo que contradiga o desafíe sus ideas, llegando incluso a desacreditarlas con constantes parodias y sátiras que se tornan en invectivas, tal cual hace el marqués de Sade en distintos lugares de su discurso. De igual manera Vallejo con los doctores mencionados, que luego de acertar con el autor lo contrarían y dan paso a la retaliación del mismo: “Dos días después volvieron y se retractaron: que era hematoma. Y eso sí que no. Y como entraron a mi corazón salieron, por la puerta ancha. Tras de lo cual empecé a maldecir de ese par de aves agoreras”. (p.87)

1.6 Erotismo

Para Barthes sólo existe erótica sadiana cuando se racionaliza el crimen, cuando se comienza a destajo a disertar sobre el mismo acto erótico. Esta “aplicación” que se hace al crimen consiste en referir las pasiones sadianas justificándolas mediante el discurso en cuanto se desprenden del mismo para recrearlas en un lenguaje actuado. Ahora bien, la teatralidad sadiana, mucho más explícita que la de Vallejo, niega la metáfora y la mera sugestión mediante la combinación de la palabra explícita y el discurso filosófico. Pero lo que sucede en la escritura vallejjiana es que al no combinar

directamente filosofía y erotismo, necesita recurrir a la sumatoria de los actos eróticos y la argumentación de los mismos para lograr una semejanza en el discurso, es decir, Vallejo también justifica el crimen por medio de su lógica nihilista y sodomita, pero con la exigencia de la correspondencia entre los distintos signos en la novela distribuidos arbitrariamente.

Es importante destacar que en *El desbarrancadero* el erotismo también cobra un valor que podemos definir como de Transferencia, el cual consiste en la enunciación del acto erótico por medio de la teatralidad de su hermano Darío, cómplice en muchas de sus aventuras sexuales. Pero en cuanto a valor de transferencia es necesario señalar que aunque el Libertino en este caso es el hermano, Vallejo comparte en gran medida su desenfreno en las pasiones “naturales”. Vallejo no las recrea como suyas sino que las enuncia en la memoria y las presenta como vivencias necesarias del mismo tipo de sujeto que ya se ha concertado como cómplice suyo. “-¿Si te acordás, Darío?- Claro que se acordaba. Darío compartía conmigo todo: los muchachos, los recuerdos. Nadie tuvo en la cabeza tantos recuerdos compartidos conmigo como él”. (p.22)

1.7 El código erótico

Barthes distingue una serie de unidades (operadores) en las que se divide el código erótico de la escena sadiana basándose en la intensidad de las secuencias de la escena. El código erótico sadiano, como orden progresivo del erotismo, está compuesto por distintas modalidades de profundización las cuales gravitan hacia un siempre mayor grado de libertinaje. La primera, la *postura*, es la menos “dañina” de las unidades, en la medida en que sólo consiste en la acción y su relación con el deseo. Por ejemplo, en Sade, Mme. de Saint-Ange al hablar con Eugenia, manifiesta:

Por mi parte, como era rica, pagué a muchachos para que me follasen sin conocermme; me rodeé de encantadores pajes, que podían estar seguros de gozar los más dulces placeres conmigo mientras fuesen discretos, pero también de que los despediría si decían una sola palabra. No te imaginas, ángel mío, en qué torrente de delicias me sumergí de ese modo. (p.57)

La postura del libertino, entonces, está en el recuerdo y sólo sirve para fortalecer su figura de depravado. Éste operador, presente en *El desbarrancadero*, estriba en la manera en que las escenas eróticas están dispersas en fragmentos, en enunciaciones que

deben ser comprendidas como parte de un conjunto erótico. “Todos los días sodomizo a gente más joven. Ayer mismo esta verga desfloró a un muchachito de siete años en menos de tres minutos... ¡Animo, Eugenia, ánimo!...”. (Sade, p.71) Las *posturas* de Vallejo obligatoriamente se basan en los recuerdos, en la verosimilitud con que expone esas pequeñas acciones y su capacidad de ser acumulativas, la enunciación que se corresponde con la representación:

“Lo de la belleza mía fue así: desnudo y en plena erección, se levantó de la cama el angelito y de la mochila en que traía dizque el uniforme del gimnasio sacó un cuchillo feo, filudo, furioso, de carnicero. Yo me abalancé sobre mi ropa y con ella salí del cuarto y tratándome de vestir (a la carrera no me fuera a sorprender el lector en semejante facha) bajé a tumbos la escalera. Y él a tumbos detrás de mí, terriblemente excitado y blandiendo el vulgar cuchillo. Así pasamos por la recepción del hotel y yo salí a la calle a medio vestir. Él se detuvo en el portón, frenado en seco por la luz del día. ¡Cómo no le tomé una foto ahí, en esa pose, así, con las dos armas en ristre, desnudas, desenvainadas, para mandárselas a César Gaviria a la OEA!”. (p.34)

Luego, por ejemplo, al hablar del contagio del sida de su hermano:

“Descartada como fuente de contagio la comunión, quedaban los parias de la Terraza Pasteur de la Carrera Séptima de Bogotá, país Colombia, planeta Marte. ¿Pero cuál? ¿Cuál entre diez o mil o diez mil? -¿Cuál, Darío, a ver? Echá cabeza a ver. -Mmmm -me contestaba, con una “m” así cual la puse y con la cual quería decir: no sé.” (p.37)

O solamente para incrementar el deseo:

“-Yo no sabía que se podían mandar cosas compactas por el Internet -le comenté-. Si es así decíle al Gran Guevón que nos mande por ese invento maravilloso dos muchachos en pelota a ver si se nos alegra la tarde.” (p.62) “¡Qué tentación para los gallinazos! ¡Pobres! Como si a mí me pusieran un colegio de muchachitos en pelota enfrente y no los pudiera ni tocar.” (p.126)

Pero también hay que decir que la postura está caracterizada por la blasfemia y el rango social, características que se verán más adelante en los signos de *La disertación/La escena, El lenguaje y el crimen y, El pornograma*. El siguiente operador del código es la *operación*, la combinación de las posturas, necesaria para comprender la fragmentación de las enunciaciones eróticas de Vallejo y que consta de varios actores, cómplices libertinos y sujetos de depravación. Aquí la combinación es la misma sumatoria y depende del lector; esta parte del código es deliberada por parte del autor. La siguiente unidad, la *figura*, según Barthes, consiste en el conjunto simultáneo de

posturas, imposible en Vallejo en la medida en que las acciones eróticas en *El desbarrancadero* no tienen la continuidad necesaria, ni la correspondencia temporal. La sumatoria de las posturas no es en la misma acción ni ocurre en la misma escena; más bien varían en el tiempo así como de extensión. La sumatoria es por sucesión intermitente, es decir, las intermitentes enunciaciones se añaden al compendio del erotismo. Esta sumatoria como sucesión de posturas se vuelve progresiva en el tiempo llegando así al último operador del código erótico: el *episodio*. Esta última unidad, opuesta a la *figura*, consiste en que las enunciaciones de Vallejo se validan de forma que entre más se repitan, más consistentes son. Al igual que los *episodios* de Sade, éstos están limitados por el tiempo, siendo una postura a la vez. En Vallejo, como en Sade, los episodios, conformados por una multiplicidad de posturas, difieren en cuanto a su constancia temporal estando así contenidas en variaciones de longitud. Entre mejor sean descritas las posturas, mayor longitud adquiere como episodio, como compendio final.

1.8 La palabra

Según Barthes, *la palabra* es el privilegio del sujeto del discurso, la predominancia del discurso evocada por una persona, el libertino. Ahora bien, en *La filosofía en el tocador* el señor del discurso es Dolmancé, aquel que dirige y diserta en mayor grado que los demás personajes, cómplices o víctima, Madame de Saint-Ange y el Caballero de Mirvel, o Eugenia. Aquí, la analogía con Vallejo es la del yo-narrador-protagonista con ese sujeto del discurso. En *El desbarrancadero* sólo existe una forma del lenguaje que prevalece y que se particulariza en la voz de la primera persona. El narrador, Fernando Vallejo, dueño absoluto del discurso y del relato, es soberano entre sujetos de depravación y los respectivos objetos, no víctimas sino agustines (Ver más adelante *El lenguaje de Agustín*). El yo-narrador-protagonista es la exclusión total de los demás, incluso de los cómplices, en la medida en que la violencia verbal deviene desde la unicidad del que determina las demás voces de los personajes. La imaginación, los recuerdos, las convulsiones, el relato, etc. devienen de la arbitrariedad del libre fluir del déspota discursivo.

1.9 Códigos de la palabra

Barthes distingue dos códigos de la palabra: el de la frase (oratoria) y el de la figura (erótica) arguyendo que ambos se suceden constantemente de manera que esa prosecución se complementa entre sí. Esta sucesión en paralelo entre la oratoria y la erótica, entre la palabra (discurso) y la postura (acción física), es la forma en que Barthes logra igualar ambas partes en cuanto a su valor, ya que son “intercambiables”, como las llama él. Pero al hacer esto recae en una nueva afirmación: sin depender de la extensión del discurso, es decir, de la libertad del espacio-tiempo de la oratoria o la erótica, la palabra del sujeto del discurso deviene en este orden erótico, siempre y cuando posea este tipo de correspondencia. Vallejo, al usar la postura como parte de la palabra, y al revés, busca aplicar el discurso desde la enunciación de la misma postura. La carencia del erotismo vallejiano consiste en que aunque sí se alternan el discurso y la postura, la palabra explícita está limitada por el lenguaje del yo-narrador-protagonista, es decir, el discurso sadiano es usado por Vallejo pero de una manera muy ‘delegada’ y “eufemística” interrumpiendo así la completa analogía del erotismo del marqués y del de Vallejo. “Podríamos decir que el crimen sadiano sólo existe proporcionalmente a la cantidad de lenguaje que se le aplica, no porque sea soñado o relatado, sino porque sólo el lenguaje puede construirlo”. (Barthes, p.44)

1.10 La tarea de la escritura

“En definitiva, la escritura de Sade es el soporte de todo Sade”. (Íbid)

Tanto Vallejo como Sade escriben para trastocar las convenciones. Ese “contaminar”, como lo llama Barthes luego, consiste en la dependencia del lenguaje para violentar tanto la erótica como la retórica generando sus propias proporciones. Entre más intenso sea el lenguaje mayor magnitud adquiere la convención contaminada. Consecuente con ésta afirmación, la tarea de la escritura deviene en la separación del escritor y su discurso. El soporte de Sade, ya en términos de escritura, es la estética de su *imaginario*, el desarraigo de su discurso en relación con la realidad.

Sí, soy un libertino, lo reconozco; he concebido todo lo que puede concebirse en ese sentido, pero ciertamente no he hecho todo lo que he concebido y seguramente no lo haré jamás. Soy un libertino, pero no soy un *criminal* ni un *asesino*, y, ya que se me fuerza a colocar mi apología junto a mi justificación, diré pues que, tal vez, sería posible que aquellos que me condenan tan injustamente como lo han hecho,

no pudieran contrapesar sus infamias con buenas acciones tan probadas como las que yo puedo oponer a mis errores.¹

Así mismo, Vallejo escribe desde su imaginario que es la memoria: “Si la memoria no me falla (que tal vez sí), ya conté que en el fondo de la casa (...)” (p.136) En este pasaje, aparentemente de forma ingenua, Vallejo nos revela la gran duda sobre la veracidad de su narración. Ya no sólo basta la verosimilitud con la que el narrador nos cuenta su historia, sino que ahora el lector debe determinar en qué partes más de la narración el autor se habrá “equivocado”. Otra constante, plenamente relevante en la tarea de la escritura de ambos autores, es la necesidad de subvertir el sentido de cada uno de sus signos, intención narrativa para desplazar la convención social por medio de la subversión del discurso: “Y aquí me tienen, viendo a ver cómo le atino a la combinación mágica de palabras que produzca el cortocircuito final, el fin del mundo. Punto y aparte, señorita”. (p.163)

1.11 Violencia metonímica

Barthes halla en la escritura sintagmática de Sade la manera con que la yuxtaposición de fragmentos heterogéneos de distintos significados sociológicos pretende subvertir los objetos mencionados. La “explosividad” de la violencia metonímica responde a la necesaria ampulosidad con que se debe transgredir la semántica de los objetos despreciables por el libertino. El caballero a Mme. de Saint-Ange:

Imposible encontrar un hombre más apto para lo que necesitas: la irreligión, la impiedad, la inhumanidad, el libertinaje fluyen de los labios de Dolmancé como antaño la unción mística fluía de los del célebre arzobispo de Cambrai. Es el seductor más profundo, el hombre más corrompido, el más peligroso... (p.20)

Vallejo hablando de sí mismo en tercera persona (ver más adelante *Los espejos*):

-¡Putas madres! –exclamó-. Vaginas delincuentes que no castiga la ley. ¿Van a seguir pariendo? ¿Gaviritas, Samperitas, Pastranitas, senadores, gobernadores, ministros, ciclistas, futbolistas, obispos, curas, capos, putos, papas? Así era siempre: iba atando maldiciones con maldiciones como avemarías de un rosario. (p.120)

¹ De Sade, D. A. F. *Correspondencia*. Barcelona: Anagrama, 1975, p.128. Carta a la señora de Sade titulada: “Mi Gran Carta” y con fecha del 20 de febrero de 1781.

El sentido que encuentran tanto Vallejo como Sade en la escritura sintagmática, es el de condensar parte de su ideología recreando una desproporción despectiva de esas esferas sociales en una misma unidad.

1.12 La monotonía

Barthes, en cuanto destaca este interdicto con el que se acusa a Sade, responde afirmando la necesaria fijación que se tiene en la lectura para con el discurso inmerso en la obra y no como la simple enumeración de los crímenes descritos. Al igual que Sade, Vallejo ha de ser leído como conjunto en cuanto la repetición anecdótica se remite a la verosimilitud de sus vivencias y no a la escasez narrativa. Como con Sade, Vallejo debe ser separado de la mera representación o referencia con la realidad social.

1.13 La irrealidad

“(…) las imposibilidades del referente se transforman en posibilidades del discurso, se desplazan los límites: el referente queda totalmente a la discreción de Sade, que puede darle, como cualquier relator, dimensiones fabulosas, pero el signo, que pertenece al orden del discurso, es intratable, es el que dicta la ley.” (Barthes, p.48)

Los episodios deliberadamente irreales en Sade como en Vallejo evaden la referencia indiscriminada del lector para con la realidad, es decir, la imposibilidad lógica de estos episodios. En Sade, por ejemplo, a través de la escena de la madre de Eugenia y la costura de su vagina, quien luego de ser torturada y contagiada con sífilis tan sólo parte hacia su casa, abandonando la posibilidad de tener más hijos:

¡Qué cosa excelente! ¡Vamos, vamos, agujas, hilo!... Separad Vuestros muslos, mamá, dejadme que os cosa para que no me deis más hermanos ni hermanas. (Mme. de Saint-Ange da a Eugenia una gran aguja con un grueso hilo rojo encerado; Eugenia cose.) (p.199-200)

Y en Vallejo, por ejemplo, con la visión de La muerte, su Señora Muerte, o con su visión de la sífilis:

Pasé. Descargué la maleta en el piso y entonces vi a la Muerte en la escalera, instalada allí la puta perra con su sonrisita inefable, en el primer escalón. Había vuelto. Si por lo menos fuera por mí... ¡Qué va! A este su servidor (suyo de usted, no de ella) le tiene respeto. Me ve y se aparta, como cuando se tropezaban los haitianos en la calle con Duvalier. (p.10)

Víctor pasó a la sala y se sentó en un sillón. Entonces vi a la Muerte mirándonos. Ahí estaba, la solapada, con sus mil ojos burlones de omnipresencia rabiosa que todo lo ven, envuelta en unos velos sucios, desgarrados, su manto de ceniza. Cuando me dirigí a la cocina a prepararle a Víctor un café, los velos a mi paso se esfumaron: la Muerte se hizo a un lado y se deshizo. (p.108)

¡Bailarina brillante en campo oscuro, espigada, lujuriosa, espiroqueta pálida, con tu ceñido vestido de plata y tu cuerpazo de mujer, qué bella te ves bailándome la danza de los siete velos e igual número de pecados capitales, retorciéndote como un tirabuzón bajo mi microscopio! (p.42)

La irrealidad en estos ejemplos sirve para fortalecer el desapego con la mimesis. Tanto Vallejo como Sade, al relacionarse con una realidad conceptual, recurren a la irrealidad para volver a la literatura, al sentido semiótico del lenguaje como metalenguaje. El caso de Sade y la costura de la vagina como desprecio por la progenitura; el de Vallejo y la Muerte como desprecio por la vida misma, o el de la sífilis como divertimento lujurioso de una enfermedad sexual fácil de curar por la medicina. “La <<realidad>> y el libro están aislados: ninguna obligación los une: un autor puede hablar hasta el infinito de su obra, nunca se ve obligado a garantizarla.” (Barthes, p.160) La inverosimilitud anecdótica se refiere a los matices antagónicos entre biografía y bibliografía que se remiten luego a la libertad, en este caso podríamos decir libertinaje, del lenguaje ajeno a restricciones o penalizaciones, a sus infinitas posibilidades.

Sade II

1.14 Ocultar a la mujer

El caballero hablando sobre los gustos de Dolmancé con Mme. Saint- Ange:

Ya los conoces; las delicias de Sodoma le son tan caras en lo activo como en lo pasivo; para sus placeres, sólo gusta de los hombres, y cuando a veces consiente en probar a las mujeres sólo lo hace con la condición de que sean lo bastante complacientes como para cambiar de sexo cuando están con él. (p.16-7)

La mujer es funcional en el discurso en cuanto es la figura que perpetúa al hombre con su nacimiento y por ende debe ser despreciada como “paridora”. (Ver relación con la superpoblación)

¡Es preciso ser imbécil para creer que nuestra especie es tan útil al mundo que quien no trabajase en su propagación o quien la perturbase se convertiría necesariamente en un criminal! Dejemos de ser tan ciegos y que el ejemplo de los pueblos más razonables nos sirva para persuadirnos de que estamos equivocados. (p.107)

Sé enemiga jurada, Eugenia, de esta fastidiosa propagación y desvía siempre, incluso en el matrimonio, ese pérfido licor cuya vegetación sólo sirve para arruinarnos el talle, embotar nuestras sensaciones de voluptuosas, estropearlos, envejecernos y comprometer nuestra salud; (p.77)

En Sade se elogia a la mujer que niega la maternidad, mientras que en la escritura de Vallejo se desprecia la figura total de la mujer así ésta la niega también: “-¿Cáncer? – dijo-. ¡Cáncer una mujer pegada a uno como una sanguijuela sesenta años succionándole el alma!” (Vallejo, p.120) La misoginia de Vallejo hace que este signo sea extremo en la medida en que no existe seducción o erotismo con la figura femenina, ni siquiera aprecio, a excepción de su abuela. Según Barthes, en Sade se oculta en distintos episodios el atractivo de la mujer, su sexo, sugiriéndola como muñeca quirúrgica y limitándola a su mera funcionalidad lujuriosa. Se oculta el sexo para hacerla más atractiva al momento de ser descubierta para la escena, pero este ocultamiento en Vallejo se muestra como la exclusión total de ella privilegiando así al muchacho, a las bellezas. En cuanto a la búsqueda de igualar a la mujer con el hombre, Barthes se refiere al lugar predilecto de la mujer como sujeto de depravación consistente en su superioridad paradigmática (dos sedes de penetración) frente a la unicidad del hombre, pero la “diferencia trucada” de la que habla Barthes respecto a este paradigma de las sedes no está abolida por la mayor prohibición de la mujer que en los hombres, sino en la misma figura de la mujer, es decir, Sade busca al hombre en la mujer en cuanto que su uso lujurioso está subyugado por el desprecio de la figura femenina. A la pregunta sobre ¿por qué hay entonces heroínas en la escritura de Sade? Vemos que en el caso de *La filosofía en el tocador* aunque se cualifica a Eugenia durante su aprendizaje, la figura femenina, como compendio de características, está siendo desvirtuada y desplazada hacia la mera funcionalidad lujuriosa, junto a la necesidad de encausar a los probables libertinos, obviamente incluida ella, hacia su discurso.

El caballero. No estoy completamente de acuerdo. Me presto a todos los deseos; pero lo único que verdaderamente me gusta en las mujeres es el altar que la naturaleza ha señalado para rendirles homenaje. *Dolmancé.* ¡Pero si es el culo! Querido caballero, si observáis con cuidado las leyes de la naturaleza veréis que nunca nos han señalado más altar que el agujero del culo. (p.94)

Disculpad, bella Eugenia: no seré yo, si lo permitís, quien me encargue de extinguir el fuego que he encendido. Querida criatura, tenéis para mí el grave inconveniente de ser mujer. Si antes hice una excepción, fue porque quería recoger vuestras primicias. No os enfadéis si me retiro. Ahora será el caballero quien se encargue de la faena. (p.109)

Una de las posturas para ver el por qué del ocultamiento de la mujer es la del juntar los géneros sexuales en la simplicidad de un solo “culo”, palabra que usa Sade en sus escritos, y así desaparecer las diferencias entre uno y otro, pero al asimilar esta afirmación olvidaríamos la manera en que Sade en distintas ocasiones habla despectivamente de la figura femenina, donde coincidentemente se puede establecer una relación con la literatura de Vallejo.

Y a mi impotencia entre el horror de adentro se sumaba mi impotencia ante el horror de afuera: el mundo en manos de estas vaginas delincuentes, empeñadas en parir y parir y parir perturbando la paz de la materia y llenándonos de hijos el zaguán, el vestíbulo, los cuartos, la sala, la cocina, el comedor, los patios, por millones, por billones, por trillones. (...) ¡Vacas cónicas, vacas puercas, vacas locas! ¡Barrigonas! ¡Degeneradas! ¡Cabronas! Saco un revólver de la cabeza y a tiros les desinflo la panza. (Vallejo, p.170-1)

1.15 La censura, La inventiva

Para Barthes la subversión de Sade consiste en la inventiva, en su habilidad para crear un discurso paradójico que contrarreste la moral social desde el lenguaje, viendo de esta manera que su hermetismo es el efecto de la narrativa nacida desde la prohibición. Análoga a esta afirmación Vallejo produce una contracensura basada en invectivas que se oponen a los dictámenes del concepto de virtud en la sociedad, pero en este caso el lenguaje varía al verse más libertario sobre las penalizaciones de la época moderna, comparándolas con la sociedad costumbrista del siglo XVIII. “¡Cuánto hace que el Cauca y el Magdalena se secaron, se murieron, los mataron con tala de árboles y los borraron del mapa, como piensan que me van a borrar a mí pero se equivocan, porque si los ríos pasan la palabra queda!”. (Vallejo, p.22) Pero cuando Barthes, al decir que la

inventiva y no la provocación es un acto revolucionario, desvirtuaría la evocación de las invectivas de ambos autores, las de Sade como las de Vallejo. La contracensura no puede obviar la inmediatez del lenguaje violento, ese provocar a la censura es correspondido por el intento de trastocar, de desviar, que caracteriza a ambos autores en su materia novelesca.

1.16 El odio al pan

Según Barthes, el desprecio por el pan se remite a lo moral como emblema de la virtud, de la religión, de la pobreza, etc. y desde lo inmoral como símbolo de la opresión social. Dolmancé, hablando sobre el cristianismo, dice:

Se instituyen extraños ritos con el nombre de *sacramentos*; el más indigno y abominable es aquel mediante el cual un sacerdote, manchado de crímenes, detenta sin embargo, en virtud de algunas palabras mágicas, el poder de lograr que Dios se aloje en un trozo de pan. (p.42)

En cuanto a lo moral, Vallejo busca transgredir ese sentido desde la virtud, trasgresión obviamente también relacionada con la religión, en cuanto es una visión de la virtud cristiana.

¿Un condón? Póngaselo entonces cuando comulgue, en la lengua, no le vaya a contagiar el santo cura un sida con los dedos al ir repartiendo de boca en boca al Cordero. Se iban abriendo bocas e iban saliendo lenguas en el comulgatorio de la iglesia del Sufragio de mis recuerdos, como se iban abriendo braguetas e iban saliendo sexos en el orinal del burdel. Lenguas y sexos estúpidos que después volvían a entrar saciados, y se cerraban bocas y braguetas. (p.22)

-Para mí, Darío –le decía (idos la caterva de sabios y vueltos él y yo a la soledad de la hamaca)- que ese sida tuyo te lo pegaron los curas. Hacé memoria a ver si no te metiste a alguna iglesia de ocioso a comulgar. Que no, que hacía una eternidad que no se paraba por esos santos lugares. (p.26)

Viendo cómo el desprecio por el pan recae en su relación con la religión, ambos autores se relacionan directamente en la manera de sojuzgar el rito cristiano desde su concepción sociológica respecto de la virtud y la falsa moral. En Sade como en Vallejo aquí desde la figura del sacerdote.

1.17 Social

Al igual que Sade, Vallejo no posee “aventuras fabulosas”. El espacio-tiempo de las narraciones transcurre en una realidad social contemporánea a los autores. En cuanto a la paradoja descrita por Barthes, la de las “relaciones de clase” (p.153), en ninguna medida la realidad de las novelas consiste en la mimesis, únicamente en la forma consecuente de la estructura novelesca. Hay riqueza y pobreza, no porque en la sociedad francesa del Siglo XVIII la haya, al igual que en la colombiana del XX, sino porque el discurso lo requiere. La referencia se anula en cuanto se traslada la influencia de la sociedad “real” contemporánea de ambos autores a la sociedad artificial de las novelas que sólo conocen Sade y Vallejo. La verosimilitud de las sociedades narradas es la representación del retrato realista, es decir, la forma de un doble imaginario.

1.18 Urbanidad

El caballero. No desconfiéis, hermosa Eugenia: mi discreción será total. Aquí está mi hermana y mi buen amigo, ambos pueden responder por mí. *Dolmancé.* Sólo se me ocurre una cosa para terminar de una vez con este ridículo ceremonial. Escucha, caballero, estamos educando a esta bonita joven;(…) (Sade, p.89)

Al igual que Sade, Vallejo, en su yo-narrador-protagonista, siempre se destaca por sobre los sujetos de depravación y sus cómplices, en este caso su hermano Darío. La distancia entre el sujeto del discurso y sus otros “yo” como personajes consecuentes de la narración, causa esa soledad suprema del primer yo, el narrador. Sobre su hermano Darío, cómplice en el libertinaje: “El teléfono tenía arreglo. Él no. Con sida o sin sida era un caso perdido. ¡Y miren quién lo dice!”. (p.11)

La cordialidad del lenguaje libertino está condicionada por su misantropía moral, para la que el trato humano obedece a una función utilitaria (manipuladora) y no al gusto por relacionarse. Se rompe, desde el trato social, la complicidad entre el escritor -sujeto externo-, y su yo escrito, aquella parte del imaginario que también se mantiene distante de los otros personajes. De ahí, entonces, la imagen de la soledad del narrador como producto o reflejo de la soledad del sujeto narrado.

De sus hazañas, sus estropicios, al final de su vida sólo me llegaban los ecos. Que tu hermano hizo esto, lo otro, y se reían para no irme a ofender. Yo simplemente, y desde hacía mucho, cuando notaba que Darío empezaba a desvariar me perdía. Ya sabía que venía en camino el monstruo, el tornado, ¡y ojos que me volvieron a ver! ¿Y si por

dejarlo solo en ese estado lo mataban los atracadores de la calle, el ejército, la guerrilla, la policía? -Que lo maten, yo pago el entierro. A esa conclusión llegué yo, llegamos todos, y antes que todos mi pobre padre que era el mismo suyo, que le perdió la paciencia Y que le dejó de hablar. (Vallejo, p.18-9)

1.19 La crudeza

Barthes distingue como mayor crudeza a la denotación extrema del *léxico sexual* de la escritura sadiana. Como una de las grandes características de Sade, el lenguaje explícito es la tentativa a los límites del lenguaje en cuanto es la manera en que anula toda posibilidad inefable del mismo:

Eugenia. ¡Ah! Siento al menos que no hay nada tan delicioso... Estoy fuera de mí... Ya no sé lo que digo ni lo que hago... ¡Qué embriaguez se apodera de mis sentidos! *Dolmancé.* ¡Cómo se corre la bribonzuela!... Su ano se estrecha hasta cortarme el dedo... ¡Qué delicioso sería metérsela en el culo en este momento! (*Se levanta y coloca su verga en el agujero del culo de la joven.*) (p.33)

En Vallejo la crudeza no deviene en la sexualidad en cuanto que la extensión de los episodios es sucinta y así el lenguaje es medido en comparación con Sade, pero sí existen matices de este signo en los momentos de excitación verbal sobre la política, su madre, o la religión cristiana, por ejemplo al hablar sobre los animales sacrificados en el albergue de su hermano:

Ahora bien, si como siempre estoy en lo correcto, ¿quién los mata? ¿Aníbal? ¿Nora? ¿Yo? ¡Ni lo sueñen! Yo con gusto empalo por el culo al Papa, ¿pero tocar a un animalito de Dios? Ni a un perro malo, vaya, que también los hay, como también hay gente buena, por excepción. Para mí los perros son la luz de la vida, y a los que les preguntan de capciosos a mi hermano y a Norita que por qué mejor no recogen niños abandonados yo les respondo así, con estas textuales y delicadas palabras: -¿Cuántos han recogido ustedes, cristianos bondadosos, almitas caritativas, hijos de la gran puta? ¡Si ustedes son los que engendran y los paren y los tiran después a la calle! Y consecuente conmigo y mi rigor dialéctico, reparto entre los susodichos condones envenenados, y entre sus hijitos abandonados chokolatinas igual, no vayan a crecer estos hijueputicas y después nos maten. (p.94)

1.20 El tornasol

Según Barthes, el lenguaje sadiano consiste en un *tornasol* de tipos de lenguajes. Más allá de la intensidad de cada uno, por ejemplo la del libertino o la de la víctima, lo que

resalta aquí es la confluencia de lenguajes. En el transcurso del discurso sadiano se halla una amplia diversidad de expresiones del libertinaje, bien sea crudo, satírico, didáctico, erótico, etc., que emplazan al lector y buscan la legitimización del mismo discurso. Barthes halla en este signo, es decir, en la manera como el texto está fragmentado en tipos de lectura, cómo el lector puede olvidar un lenguaje y recaer en otro sin perder el sentido del texto. Pero lo que hay que subrayar, y que sucede también como tornasol vallejano, es que el tornasol del lenguaje apunta explícitamente a la manipulación del lector, en las maneras de condensar el abocamiento textual en la correspondencia entre los tipos de lenguajes, ya sea con el cómico, el soez o el sexual. Vallejo despliega una multiplicidad de lenguajes como un atributo en las disertaciones de la novela, las cuales aseguran no sólo el entretenimiento del lector sino también la pretendida inclusión de su “verdad”. En *El desbarrancadero* Vallejo usa esta policromía para destacar el discurso de la simple construcción narrativa del relato. Las variaciones en los tipos de lenguaje, así como su complejidad, son consistentes con el tipo de episodio, y su relevancia con el momento de la narración. Así vemos, por ejemplo, un mismo tema con visos diferentes, tornasolado:

El baño no tenía foco, o mejor dicho foco sí, pero fundido, y cuánto hace que se acabó el papel higiénico. Desde los tiempos de Maricastaña y el maricón Gaviria. Y ojo al que se sentara en ese inodoro: se golpeaba las rodillas contra la pared. Ya quisiera yo ver a Su Santidad Wojtyla sentado ahí. O bajo la regadera, un chorrito frío, frío, frío que caía gota a gota a tres centímetros del ángulo que formaban las otras dos paredes, heladas. El golpe ya no era sólo en las rodillas sino también en los codos cuando uno se trataba de enjabonar. (p.11-2)

¿Qué pasó en últimas con el capo vaticano, el farsante Wojtyla, el tartufo, el beato, el travesti polaco, que no lo veo cantando en estas alturas azules entre los angelitos de Dios? ¿Finalmente murió? Si murió ha de estar entonces en la oscuridad de los profundos infiernos. (p.179)

Sobre Jesús:

Dada su ignorancia nada escribe; dada su estupidez habla muy poco; dada su debilidad hace todavía menos y termina hartando a los magistrados, impacientes por sus discursos sediciosos, aunque escasos; el charlatán se hace poner en la cruz luego de haberles asegurado a los pillos que lo siguen que ha de descender hacia ellos cada vez que se invoque, para que lo coman. Lo torturan; se deja. (Sade, p.41)

Mme. de Mistival. (Recibiendo esa vejación.) ¡Ah! ¡Monstruo! ¡Depravado! ¡Me dejaré tullida!... ¡Justo cielo!...

Dolmancé. No lo invoques, queridita: será sordo a tus llamadas, como lo es a las de todos los hombres; ese cielo poderoso nunca se ha preocupado por un culo. (p.195)

1.21 La familia

Para Barthes la transgresión de la familia consiste en anunciar la subversión de la “regla semántica”. En Sade, por ejemplo, fornicar con su misma familia, pero a la vez en borrar cualquier orden afectivo. “*Eugenia. Venid, bella mamá, venid a que os haga de marido. ¿Es un poco más gruesa que el de vuestro esposo, verdad, querida? No importa, ya entrará... ¡Ah! ¡Gritas, madre mía, gritas y mientras tanto tu hija te folla!...*” (p.195) pero en ocasiones, como en el caso de Eugenia, no es sólo una transgresión sexual, sino nominal, es decir, se contraponen el afecto madre-hija. En Vallejo, este rompimiento afectivo, como en Sade, se trata de una desfamiliarización semántica, por ejemplo con uno de sus hermanos. Hablando sobre la juventud y belleza de Manuelito, su “decimoquinto hermano”: “Con decirles que si hoy me lo encontrara en la calle lo invitaría a pecar. ¿Pero se iría él conmigo? Esos encuentros con uno mismo por sobre la brecha del tiempo a mí me asustan.” (p.53) O respecto a su madre, la Loca, cuando habla sobre los deseos que ella tiene de separar a Darío de él: “(...) desbarajustando, mandando, hijueputiando, según la ley del caos de su infiernito donde reinaba como la reina madre, la abeja zángana, la paridora reina de la colmena alimentada de jalea real.” (p.20) Ahora es importante ver que la figura del padre está privilegiada en ambos autores por sobre la de la madre:

Eugenia. En mi corazón encuentro la prueba de lo que me dices, querida; Porque amo a mi padre con locura y detesto a mi madre. Dolmancé. (...) Formados sólo de la sangre de nuestros padres, no debemos absolutamente nada a nuestras madres; por lo demás, lo único que han hecho es prestarse al acto, mientras que el padre lo solicitó; por lo tanto, el padre ha querido nuestro nacimiento, mientras que la madre se limitó a consentirlo. ¡Cuánta diferencia para los sentimientos! (Sade, p.35)

El matrimonio entre mi padre y la Loca era un infierno, aunque disfrazado de cielo. Y aquí digo y sostengo y repito lo que siempre he dicho y sostenido y repetido, que el peor infierno es el que uno no logra detectar porque tiene vendados como bestia de carga los ojos. Papi tenía sobre los ojos un tapaojos grueso, negro, denso, que nunca le pude quitar.

-Dejá esa vieja y lárgate con una muchacha de veinte años. O con dos -le aconsejaba-. Yo te caso con ambas, yo te doy la bendición. Aquí te bendigo, padre, y que seas feliz y si no te sirven el par de putas, cambialas que mujeres es de lo que hay en este mundo, y a cuál más mala. (Vallejo, p.40)

Tras desvirtuar la figura de la madre y exaltar la del padre, Sade, como Vallejo, caen luego en el desprecio de los dos, puesto que la imagen de los padres es la de la perpetuación, en este caso, despectivamente, de la especie humana. Dolmancé a Eugenia:

Dejemos de engañarnos con todo esto: no debemos nada a nuestros padres..., nada, Eugenia, (...) si los observamos con sabiduría y reflexión sólo encontraremos en ellos razones para odiar a quienes, pensando únicamente en sus placeres, a menudo sólo nos han dado una existencia infeliz y malsana. (Sade, p.115)

Papi fue convertido en cómplice de esta insania perpetuadora porque la nuestra es una especie bisexual. Si no, la Loca habría sido una fábrica partenogénica. (Vallejo, p.55)

Vemos que el desprecio por la figura de los padres es superior al afecto familiar, en cuanto prima la parte del discurso que rechaza la convención social, sobre todo en la supresión afectiva del padre por parte de Vallejo, quien pese a durante el relato lo muestra como una figura virtuosa, es negado en el discurso.

1.22 Los espejos

De acuerdo con Barthes, Sade usa los espejos, símbolo en occidente de simple narcisismo, para multiplicar la imagen de depravación, para incrementar el deseo erótico:

Eugenia. ¡Oh, Dios, qué nido delicioso! ¿Pero por qué tantos espejos?
Mme. de Saint-Ange. Porque repiten las posiciones en mil sentidos distintos y con ello multiplican al infinito los mismos goces para los ojos de quienes los gustan sobre esta otomana. (Sade, p.31)

Ahora bien, Barthes distingue la imagen narcisista de un solo espejo de la de la pluralidad de espejos. En Sade, la pluralidad de espejos contrasta con el uso conocido socialmente, pero al utilizar el reflejo del objeto para corresponder con la práctica erótica recae en el mismo narcisismo que pretende distanciar. El yo cuidadosamente formado por la imagen de un espejo es el mismo yo de varios espejos, pero multiplicado. Es la misma apreciación que pretende enaltecer la imagen del individuo. Para Vallejo, el episodio del espejo en el baño es análogo al del marqués en cuanto responde a la utilidad del reflejo en relación con el discurso.

Al entrar al baño me vi por inadvertencia en el espejo, que jamás miro porque los espejos son las puertas de entrada a los infiernos. Era un pobre espejo deslucido, sin marco, como de hotel de putas, pegado en la pared sobre el lavamanos, y tenía rajado el

ángulo superior derecho. Entonces lo vi, naufragando hasta el gorro en su miseria y su mentira en el fondo del espejo: vi a un viejo de piel arrugada, de cejas tupidas y apagados ojos.

-¡Quién sos, gran hijueputa! -le increpé-. ¿De dónde te conozco? Por las cejas lo reconocí.

-Ah...-dije dando un paso hacia atrás para apartarme del espejo.

-Ah...-dijo el viejo gran hijueputa dando un paso hacia atrás para apartarse del espejo.

Luego giró hacia el inodoro, alzó la tapa, se abrió la bragueta, se sacó el sexo estúpido y se puso a orinar. -Vivir es negocio triste -pensó mientras orinaba-. Los momentos de felicidad no compensan la desgracia. (p.118-9)

El reflejo es útil para el discurso. En Sade para la multiplicación de imágenes depravadas, y en Vallejo para multiplicar la voz narradora. Es importante ver que el narcisismo del espejo no deviene aquí en la complacencia de la imagen, sino en la utilidad del objeto reflejado para incrementar y corresponder al discurso sadiano. El espejo brinda a Vallejo la posibilidad de integrar su imagen a lo que más odia, su condición humana. El sujeto sin cuerpo que sólo existe en la palabra, se convierte en hombre, en personaje corpóreo objeto de sus disertaciones.

1.23 Rapsodia

Según Barthes, la escritura rapsódica sadiana consiste en que las novelas no poseen un orden narrativo lógico, sólo la yuxtaposición de fragmentos que se suman como un “escándalo del sentido”. Ahora bien, esta escritura sintagmática se refiere inicialmente a la acumulación de “frases” que constituyan un discurso compactado en simples oraciones y que así deban madurar a través de un sentido no lineal. La rapsodia en Sade se refiere al orden del desorden, es decir, a la fragmentación del discurso en unidades mínimas que estando dispersas a través de la novela se puedan considerar por separado, sean disertaciones filosóficas, escenas lujuriosas, viajes, etc., que constituyen una progresión, no tanto en continuidad sino en la repetición. En segundo lugar, lo que pretende Barthes al decir que la rapsodia anula la estructura paradigmática, que los episodios no se deben corresponder entre sí, es una idea incompleta en cuanto que aunque es cierto sobre la “independencia de la rapsodia”, la necesaria correspondencia no es de justificación alguna sino de concertar con lo que ya se había dicho. El discurso sadiano es una repetición de rapsodias. En Vallejo, la escritura sintagmática es aún menos antiparadigmática que en Sade en cuanto que sí existen justificaciones entre episodios, por ejemplo la muerte del hermano está anunciada mucho antes de que suceda, al igual que el camino hacia su muerte, el cual está disperso entre múltiples rapsodias.

Limpia como el cielo de Bogotá cuando llueve, ¿te acordás, Darío? Nunca más habría de volver a Bogotá. Poco después habría de morir en esa casa de Medellín, en uno de los cuartos de arriba, arriba de ese patio. Lo que no sé es en cuál de todos murió, atiborrado de morfina. Yo para entonces ya no estaba, me había ido de esa casa, de esa ciudad, de este mundo rumbo a las galaxias para no volver. (p.27)

Cuatro años han pasado desde el análisis, y henos ahora aquí en este jardín de esta casa, en la placidez de esta hamaca recordando, echándole cabeza a ver quien lo pudo contagiar, por el muy humano deseo de saber, de saber quién fue el que te mató. (p.36)

Los sintagmas interrumpen el relato lineal, pero en ninguna medida impiden la maduración del texto, impiden la continuidad pero nunca el avance. Viendo la semejanza entre rapsodia y sintagma como división encausada para una composición, curiosamente Vallejo recalca su escritura sintagmática por influencia de la salmodia:

Empiezo a escribir en forma tan arrevesada, cortando a machetazos los párrafos, separando sus frases, por culpa de Vargas Vila, por la influencia maldita de ese escritor colombiano del planeta Marte que escribía en salmodia, pero cosa curiosa, no para echarle incienso a Dios sino para excitar al prójimo. Vargas Vila era un marica vergonzante, pese a lo cual sólo trató en sus libros de sexo con mujer. Un maromero. Un maromero invertido. (p.37)

1.24 La disertación/ La escena

Según Barthes la disertación es un objeto erótico en cuanto siempre se refiere a la lujuria con el “razonamiento” y el “sistema”. Estos dos aspectos son las formas en que el autor comprende el lenguaje seductor y provocador de la disertación y su energía erótica. Dolmancé:

En síntesis: en todas estas cosas parto del principio de que si la naturaleza prohibiese los goces sodomitas, los incestuosos, las masturbaciones, etcétera, ¿permitiría acaso que nos resultasen tan placenteros? Es imposible que pudiese tolerar algo que verdaderamente la ultrajase. (p.66)

En Vallejo es análoga esta afirmación en la medida en que apunta a sus actos eróticos mediante un razonamiento lujurioso. Comprende -ya sea con la sátira- a sus “enemigos” (ver cita en *El tornasol*), o con la ironía con que piensa los acontecimientos narrados, la manera para aludir al lenguaje incitador a fin de erotizar las disertaciones.

Hablando sobre el reencuentro con su hermano tras varios años de separación:

Y en prueba de mi cariño le regalé su primer muchacho: de dieciséis añitos tiernos, con un mechón de cabello en la frente y ojos color de esmeralda. Cierro los míos, pardos, para evocarlo, y: -¡Quítate la ropa, niño!- le digo. Era tanta su perfección y su belleza

que empiezo a creer en la existencia de Dios. Se llamaba Andrés. -¿Sí te acordás, Darío, del Andresito que te regalé en Bogotá cuando nos reconciliamos y te contagié el vicio de los muchachos? -¿Cuál?
-¿Cómo que cuál? ¡El más hermoso, no te hagás! (p.147-8)

(Pero para ver a cabalidad la relación entre la disertación y la escena, ver más adelante en el capítulo II *Las fantasías sacrílegas*)

1.25 La ironía

Según Barthes, la ironía de Sade se basa en las continuas “metonimias explosivas” que por momentos quebrantan el sentido de la cultura en relación con su contexto.

Quizá se imagine que esa sublime criatura ha de aparecer sobre rayos celestes, en medio de un cortejo de los ángeles, a la vista de todo el universo... Nada de eso: ¡el Dios que viene a salvar a la tierra se anuncia en el vientre de una ramera judía, en medio de una porqueriza! ¡Esta es la digna extracción que se le atribuye! (Sade, p.40)

Por consiguiente, despreciemos hoy tanto a ese dios vano predicado por impostores como todas las sutilezas religiosas derivadas de su ridícula adopción; ya no es posible entretener con ese sonajero a hombres libres. (Íbid, p.131)

Al igual que Sade, Vallejo utiliza una ironía mordaz de manera que el lenguaje crítico a veces lleno de comicidad comprenda la ampulosidad controvertida de la frase “veraz” en un lenguaje corto y concreto. La burla áspera con que ambos autores consienten su objeto de desidia es correspondida con el criticismo de su discurso así como con la manera de interrumpir el relato para inscribir sus “metonimias explosivas”.

Colombia asesina, malapatria, país hijo de puta engendro de España, ¿a quién estás matando ahora, loca? ¡Cómo hemos progresado en estos años! Antes nos bajábamos la cabeza a machete, hoy nos despachamos con mini-Uzis. (p.115)

1.26 El lenguaje y el crimen

La magnitud del “crimen” asociada con el esparcimiento de la palabra es para Barthes la manera como Sade, y para nosotros Vallejo, en que se extiende la voluptuosidad de ese crimen. Entendiendo por crimen la manera en que el libertino mira a su alteridad como un recurso del placer, el desintegrar en él toda “humanidad” y reducirlo a un objeto que responde por su utilidad en el discurso. El crimen es aquello que atenta contra la virtud

de la moral social: Dios, las instituciones, etc., siendo, además, proporcional el lenguaje con que se denigra a éstos y la magnitud del crimen.

1.27 ‘Strip-tease’

Barthes explica en este signo cómo en la escritura de Sade no existe el ‘strip-tease’ en cuanto el autor se somete siempre al sentido develado del cuerpo en la explicitud de la ocupación de los lugares sexuales de la pareja, o parejas (Ver *La crudeza*). En Vallejo sucede un caso opuesto desde esta perspectiva del strip-tease. Esta forma de sensualidad aparece como un orden sexual en el que el autor anuncia el cuerpo de la pareja y luego busca develar el cuerpo ajeno. El ‘strip-tease’, en este caso, es análogo a la *postura* perteneciente al código erótico ya expuesto anteriormente. Paradójicamente a la afirmación de Barthes, el strip-tease sería en Sade una primera parte de la *postura* en la medida en que: “(...) además de los actos puramente sexuales (los permitidos y los reprobados), hay que clasificar en este primer inventario todas las acciones y todos los lugares susceptibles de encender la <<la imaginación>> del libertino, (...)” (Barthes, p.39) aquí hablando sobre la *postura*. (Ver citas de Vallejo en *La disertación/ La escena y El encierro sadiano*) “¡Fuera ropa!”

1.28 El pornograma

Barthes define al pornograma como “la fusión (como por el efecto de una temperatura ardiente) del discurso y del cuerpo” (p.182), la correspondencia entre Logos y Eros regulada por la escritura. La redundancia en este aspecto, similar a los signos de *El lenguaje y el crimen*, *La disertación/La escena* y el *Proyecto educativo*, está encausada en la retórica explosiva de ambos autores en cuanto que el lenguaje “pornográfico” es la estética de la provocación sexual, la base del sensualismo hedonista en Sade. El pornograma es la respuesta como unidad de la sexualidad.

1.29 El lenguaje de Agustín

Barthes reconoce en Agustín, personaje popular en *La filosofía en el tocador* y sujeto de depravación, al objeto excluido del discurso. Agustín es la personificación de la desigualdad no solo social sino también ideológica del discurso sadiano. Este personaje

sólo existe para el uso del cuerpo como satisfacción física. Agustín, joven jardinero, es el objeto sin voz que sólo halla su significado en la complacencia física.

Mme. de Saint-Ange. Tengo justo lo que necesitáis.

Dolmancé. ¿No será acaso el joven y apuesto jardinero, de unos dieciocho o veinte años, a quien vi hace un momento labrando vuestro huerto?

Mme. de Saint-Ange. ¿Agustín? Sí, precisamente, Agustín, cuya verga tiene trece pulgadas de largo por ocho y media de circunferencia.

Dolmancé. ¡Ah, santo cielo!, ¡qué monstruo!... ¿Y eso eyacula?

Mme. de Saint-Ange. ¡Oh, como un torrente!... Voy a buscarlo. (p.95)

Su lenguaje es el no lenguaje, su silencio, su ausencia. Es el signo de la exaltación de la aristocracia y de la superioridad del sujeto del discurso, el portavoz de la palabra.

Mme. de Saint-Ange. (Que trae a Agustín.) He aquí el hombre del que os he hablado.

Vamos, amigos, divirtámonos. ¿Qué sería la vida sin placer?... ¡Acércate, pánfilo!... ¡Oh, el tonto éste!... ¿Creéis que hace seis meses que trabajo en quitarle el pelo de la dehesa a este gran cerdo y no puedo acabar mi obra? (p.97)

Igualmente Vallejo al recordar a Dick, “un negro puerco y grasiento” (Ver *Físico sadiano*):

Como un brazo tenso y erguido en ángulo recto que nos mentara la madre, hinchadas las arterias y las venas y a punto de explotar, a empujones, a empellones, palpitando, trepidando, con sacudidas violetas, el instrumento portentoso eyaculó, y nos dejó inundado del líquido lechoso y viscoso el sucio piso del baño. ¡Carajo! ¿Por qué hará Dios tan mal las cosas? Un aparato tan fantástico pegado a semejante asqueroso... Inescrutable en sus designios, a veces el Todopoderoso se comporta como cualquier Alfonso García chambón.

-What sign are you, super? –me preguntó Evelyn. –Scorpio. And you?

-Virgo. –Virgo? Jua, jua, jua, jua.

¡La risa que me hizo dar la maldita! Los negros, Su Santidad, no tienen alma, no los meta en el rebaño. Perezosos por naturaleza como son, para lo único que sirven (y no siempre) es para el sexo. El óxido nitroso los infla por delante, y respiran por detrás. (p.138-9)

En Vallejo, con la excepción del hijo hipotético (Ver más adelante *Proyecto educativo II*) y por la exclusión de todas las mujeres, no hay víctimas, sólo una multiplicidad de agustines. La figura de Agustín es pluralizada en las “bellezas” de Vallejo. Los “muchachos” de *El desbarrancadero* son sujetos de depravación sin voz alguna. La lujuria entrecruza los cuerpos, pero no los lenguajes. Las disertaciones de Vallejo son para el lector, no para las “bellezas”. Un Eros sin Logos.

Antes de leer el folleto *Franceses, un esfuerzo más, si queréis ser republicanos*, que ha comprado Dolmancé, Mme. de Saint-Ange dice: “Sal, Agustín: esto no está hecho para ti. Pero no te alejes. Te llamaremos cuando sea necesario que reaparezcas”. (p.125)

1.30 Poner orden

Similar al signo de *La palabra*, es obligación del sujeto del discurso poner orden en el proceder libidinoso. La depravación debe ser encausada y dirigida por el señor de la palabra, el narrador del discurso; en Vallejo, por el yo-narrador-protagonista. Aquel que regula la lujuria es el “tirano” de la depravación, pero así como lo dice Barthes, no como propietario poseedor del otro, sino como programador de la escena. Dolmancé, en *La filosofía en el tocador*, es quien dirige el curso de la escena sin recibir más de sus compañeros que la satisfacción momentánea de sus deseos.

1.31 La costura

Barthes halla en el episodio de la ‘castración’ de la mujer (en el que se cose a la vagina), el peor suplicio imaginado por Sade: “La costura es una castración secundaria impuesta a la ausencia de pene: la castración más maliciosa, en realidad, ya que hace retroceder el cuerpo a los límites del no sexo”. (p.193-4) Recordando los suplicios de Mme. de Mistival, madre de Eugenia:

Mme. de Saint-Ange. Creo que ahora es muy importante que la ponzoña que circula por las venas de la señora no pueda exhalarse; por consiguiente, Eugenia ha de coseros minuciosamente el coño y el culo, para que el humor purulento, más concentrado, menos sujeto a evaporación, os calcine los huesos más pronto. (p.199)

La madre es castigada por las diferencias con el discurso libertino, siendo parte de la figura de los padres y objeto de la falsa moral por tratar de impedir el libertinaje. Pero por sobre todo la costura significa *Ocultar a la mujer*, castigarla, no por haber dado vida a Eugenia o por la posibilidad de tener más hijos, sino por ejemplificar toda la figura femenina que es ajena por su inutilidad, viendo que las víctimas de Sade son modelos que forma a su antojo. La costura es el más crudo símbolo de su tono misógino, aquí el pornograma desaparece en la crudeza de la literalidad.

1.32 Sadismo

“El sadismo sólo es el *contenido* grosero (vulgar) del texto sadiano”. (p.195) Al ver cómo Barthes describe el *Sadismo*, es necesario resaltar que siendo parte del *tornasol* de lenguajes, el contenido grosero es una de las formas de aumentar la voluptuosidad de la palabra. Tanto Sade como Vallejo usan la vulgarización del discurso como una de las formas de la provocación, levedad en la transgresión. El lenguaje soez de Vallejo no nos dice nada hasta que se agrupa como discurso.

1.33 Proyecto educativo II

Recordando la instrucción entre libertinos, en especial el de víctima-victimario, en Vallejo sucede un caso único que manifiesta este método de convencer: el caso del hijo hipotético. Dentro del discurso vallejiano, consecuente con el relato de la muerte de su hermano, aparece un hijo-víctima que recibe parte del discurso sadiano en cuanto a su pretendida trasgresión de la virtud y de las instituciones.

Hijo: Házte nombrar y valoriza el puesto. Que nada pase con tu firma sin tu coima, que el mundo es de los vivos y el cielo de los pendejos. No des sin que te den y si no te dan que esperen, que la prisa es de ellos: ellos tienen la siderúrgica prendida y no pueden esperar: tú sí, tú tienes sueldo. ¿Industrias? ¿Cultivos? ¿Trabajo para los desempleados? Que las abran ellos, que cultiven ellos, que les den trabajo ellos que son los explotadores: tú no, tú eres santo. Y ten presente que funcionario que deja el puesto ya no es: fue. Por eso les dicen “el ex ministro”, “el ex presidente”, con una equis lastimera. En esa equis radica la diferencia entre el ser y el no ser. Así que no sueltes puesto sin tener otro mejor preparado. A tus inferiores humíllalos, a tus superiores cepíllalos, y cuando tus superiores caigan, dales con el cepillo en la cabeza que la lealtad es vicio de traidores. ¡Cómo vas a traicionar tus intereses por un ex jefe! Un ex ya no es. Y sube, sube, sube que mientras más subas tú tu país más baja. Nadie está arriba si nadie está abajo. En las entrevistas no te des, que tú no eres mujer enamorada, y no olvides que hoy día todo lo graban; di que sí pero que no, enturbia el agua, que no se pesca en río transparente. Masturba al pueblo, adula a los poderosos, llora con los damnificados, y a todos promételes, promételes, promételes, y una vez elegido proclama a los cuatro vientos tu amor a tu país pero si te lo compran véndelo, y si no hipotécalo que las generaciones venideras pagan: el futuro es de los jóvenes. Las casas, las calles, las escuelas, los hospitales, las universidades, las carreteras que prometiste déjalas como los puentes: en el aire, pendientes, entre una orilla y la otra de la nada. Absurdo sería gastarte en lugares comunes suntuarios lo que es para tus gastos: tus mansiones, tus aviones, tus palacios, tus palacetes, tus islas, tus playas, tus yates, tus putas, tus delicatessen. Y al irte, si es que te vas, recuerda que lo que dejes se lo lleva el próximo viento: dinero en arca pública es volátil cual espíritu de trementina. Eso, eso, eso es lo que le aconsejaría yo a un hijo si lo tuviera. Pero ay, yo no practico la cópula con las hijas de Eva, y la existencia por lo visto no se da sin causa agente. (p.79-80)

Vemos que Vallejo usa un primogénito supuesto para divulgar la ideología del libertino. La víctima imaginaria que recibe la palabra de su victimario es aquí una unión hipotética entre la vida del autor y su discurso. El anterior sistema indica cuál fue la manera en que el marqués de Sade creó un esquema de signos y cómo éste se ve replanteado en la narrativa de Vallejo la cual posibilita la lectura de esta estructura.

Segundo Capítulo

Vallejo personificación del libertinaje: El placer de una apostasía.

Reconociendo al sujeto libertino como sujeto del discurso, señor de la palabra, es importante advertir las características que identifican a este sujeto, protagonista del mismo, para aplicarlas en nuestro trabajo: la influencia sadiana en *El desbarrancadero*. Durante la instrucción a Eugenia, Dolmancé recalca los elementos que se atribuyen al libertinaje en cuanto son los atributos correspondientes a la personificación del discurso, así como las cualidades del mismo.

Sin embargo, si vuestra Eugenia desea que analicemos los gustos del hombre en el acto del libertinaje, podemos reducirlos a tres: *la sodomía, las fantasías sacrílegas y los gustos crueles*. (p.76)

2.1 La sodomía

En primer lugar *La sodomía* se divide en dos: la activa y la pasiva. La activa como actor que “penetra” al otro, y la pasiva como aquel que también es penetrado. Ambas relacionadas únicamente con la práctica del coito anal. Para Sade es más voluptuosa la segunda en la medida en que se participa de las dos maneras de sodomización, práctica común en Dolmancé. En Vallejo se reconoce la primera en cuanto durante la novela se anuncian sus aventuras con las bellezas pero nunca se constata que el yo-narrador sea sodomizado. El objeto en *El desbarrancadero* son “ellos” y no Vallejo, el autor encuentra el placer en sodomizar, pero nunca aparece él como sujeto (objeto) pasivo. Ahora bien, como uno de los mayores placeres de la sodomía se enfatiza la negación de la procreación (Ver *Ocultar a la mujer*) y consecuentemente el desprecio por la sobrepoblación:

Mme. de Saint-Ange. No imagines, loquilla, que haya algún mal en prestarse, sea de la manera que fuere, a desviar del camino principal la simiente del hombre, porque la propagación no es en modo alguno la meta de la naturaleza: sólo es una licencia; y cuando no la aprovechamos, sus intenciones quedan mucho mejor satisfechas. (Sade, p.77)

Y Vallejo:

(...) barrios viejos, barrios nuevos, barrios míos, barrios ajenos, barrios, barrios, barrios, proliferando, reproduciendo en la ceguera de unos genes la plaga humana convencidos de que el que se reproduce no muere porque sobrevive en su descendencia. ¡Pendejos! El que se murió se murió y tus descendientes son los gusanos, que se comen lo que dejes. Déjales deudas.

Gástate lo que tengas en lo que sea, en putas, en yates, en compact discs, que tu recuerdo día a día se lo irá comiendo el tiempo, el último sepulturero. (p.85)

Respecto a la sobrepoblación, Sade, hablando sobre los orfanatos, dice:

¿Acaso se teme que Francia se despueble? ¡Ah, no temamos eso jamás! >>Uno de los primeros vicios de este gobierno consiste en una población demasiado numerosa, y lejos están tales seres superfluos de constituir riquezas para el Estado. Esos seres supernumerarios son como ramas parásitas que sólo viven a expensas del tronco y terminan por extenuarlo. Recordad que siempre que, en cualquier gobierno, la población sea superior a los medios de existencia, ese gobierno languidecerá. Examinad bien Francia y veréis cuál es la situación. (p.44-5)

Vallejo sobre Argemiro, su tío materno, dice con tono irónico:

En cada parto se ganaba una lotería, en hijos. ¡Y cómo no en un planeta despoblado donde lo que falta es gente! (p.30-1)

Al salir a las calles de Medellín:

¡Colombian people, I love you! Si no os reprodujeráis como animales, oh pueblo, vivirías todos en el centro. ¡Raza tarada que tienes alma de periferia! (p.50)

Sade, universalizando su discurso:

Aristóteles aconsejaba el aborto; y esos antiguos republicanos, plenos de entusiasmo, de ardor por la patria, desconocían esa conmiseración individual que encontramos en las naciones modernas; se amaba menos a los hijos, pero se amaba más al propio país. (p.171)

Otra analogía entre ambos autores es el desprecio a la procreación a través de la defensa de la interrupción del embarazo. Los autores aquí buscan legitimar el acto del aborto mediante el gusto por transgredir los preceptos morales, viendo que la sodomía incluso es una forma de anular la institución de la Familia.

Mme. de Saint-Ange, hablándole a Eugenia sobre el embarazo y su odio por la propagación:

Sin embargo, si ocurriese esa desgracia sin ser tú la culpable, avísame dentro de las siete u ocho primeras semanas, y te haré derramar eso con total suavidad. No temas el infanticidio. Es un crimen imaginario. Somos dueñas de lo que llevamos en nuestro seno, y no hacemos más mal cuando destruimos esa clase de materia que cuando, en caso de necesidad, purgamos la otra mediante medicinas. (p.78)

A este respecto Vallejo manifiesta en una entrevista:

Usted no ve a una Iglesia diciendo tienen que parar esto, no se pueden reproducir, tenemos que aprobar la píldora abortiva, que mejor podría llamarse la interrupción del embarazo. Cuando el óvulo es fecundado no se ve a simple vista. El cigoto, ya avanzado mucho, no se ve en un microscopio, no tiene sistema nervioso, es un gusano, no es un cuerpo, no es un individuo. Entonces no se está matando, no se está cometiendo un asesinato. Se está cometiendo un asesinato cuando se acuchilla una vaca que tiene un sistema nervioso desarrolladísimo. Nadie que no haya defendido a los animales superiores, no estoy hablando de un mosquito, puede ser modelo de los seres humanos. Cristo no lo hizo. La Iglesia Católica no ha sido factor civilizador. Es mentira. Ahí está mi último libro de título impronunciable donde muestro todas las dudas y encíclicas que demuestran que la Iglesia nunca ha sido defensora de causas nobles. (Uribe)

La manera en que ambos autores pueden ser cotejados respecto a la aversión por la procreación y la sobrepoblación se refiere - más que al desprecio por sus semejantes- al hedonismo que proclamaba Sade en la manera en que ambos sujetos libertinos -tras ser adoptados por la licencia del nacimiento dentro de la naturaleza- buscan, con matices expiatorios y curiosamente cristianos por una parte, “no hacerle a los demás lo mismo que otros nos han hecho a nosotros” siendo ellos mismos parte del “problema” (paradoja con la aversión a la virtud), y por otro, la forma activa correspondiente al discurso sadiano, nunca filantrópico, que constituye a la sodomía como trasgresión al orden, a la norma, tanto natural como social.

En una entrevista a Vallejo, éste manifestaba:

¿Usted mantiene la consigna que alguna vez le escuché en el Parque Nacional de Bogotá, en un festival de poesía, cuando dijo: “Muchachitos de Colombia, no se reproduzcan porque a ustedes también les tocará irse como a mí, pero ya no podrán”?

-Algo así dije y me sostengo en lo dicho. La reproducción es la causa de las causas de todas las desgracias.

¿Pelearse con la patria es como pelearse con la mamá?

-Mi patria es un país mezquino y criminal. En cuanto a mi mamá, fue una loca. Ahora la están cauterizando por los veinte hijos que tuvo, con mi papá, en el círculo decimonoveno del infierno, que le abrieron para ella sola. En el de abajo está Pío XII, que le mandó un diploma, justo por eso: por los veinte hijos. Entonces les daban diploma a las vaquitas reproductoras.

Bueno ¿pero hay momentos gratos en la vida, o no?

-Sí, los sexuales. Pero sin reproducción, ¿eh? Que eso es un pecado muy feo.
(Sanabria)

¿Es consciente de que en Colombia hay quienes lo quieren y quienes lo odian. ¿Qué les dice a quienes piensan que usted es un h.p.?

-A mí los insultos me producen un placer casi sexual.

Qué opina del último escándalo de la Iglesia en Cali en el que un padre denunció que en la parroquia de Cali se les pagaba a los jovencitos sus favores sexuales con las limosnas...

-A los niños hay que educarlos en la caridad sexual para que cuando envejezcan también ellos tengan sus postrecitos... hoy por mí, mañana por ti. Nadie por lo demás en esta sociedad carnívora y asesina de Colombia tiene derecho a tirar la primera piedra. ¡O qué! ¿Van a volver a montar la Inquisición y la persecución de herejes y de brujas? (Duzán)

Vallejo, en su visita a Colombia para la celebración de la primera década de la revista *El Malpensante* expresaba:

El primer bombazo lo provocó una periodista de RCN que, sin ambages, le acercó la llama a la pólvora verbal de Vallejo: “¿Qué opina de los escándalos por las acusaciones de pederastia contra algunos sacerdotes y cómo ve el momento político del país?”. Y sucedió lo inimaginable: que Vallejo, acérrimo crítico de la Iglesia, defendió a los sacerdotes: “Un niño de 14 años, si no lo masturba un cura, se va a masturbar él mismo. ¿Quién ha dicho que los curitas los están violando o les están poniendo un cuchillo en la cabeza para que tengan sexo con ellos? Víctima es una vaca que acuchillan en un matadero. No me gusta que molesten a la Iglesia por eso. Yo no soy pederasta, pero la pederastia me tiene sin cuidado. No se me hace el crimen que están tratando de hacer. Estos curas son víctimas expiatorias de una sociedad corrompida e inmoral”. (El Tiempo)

Y en respuesta a la estética de la provocación, el discurso del autor que acusa la inmoralidad, como el libertino que se justifica así mismo, es tachado luego de inmoral:

Ahora bien, ¡qué tal la granuja de Vallejo defendiendo a los pederastas católicos! Nunca imaginé tanto despropósito. Mientras denuesta al Papa, a quien trata peyorativamente de marica, defiende a los pederastas de la misma Iglesia Católica.

Claro, a Vallejo seguramente le gustan los jóvenes de catorce años. Por eso, por eso nada más, perdona y rehabilita a los curas acusados de pederastia. Pasar de agache con los pederastas clericales, mínimo es complicidad. ¡Qué horror! Si eso no es una impostura, una inmoralidad con una nación, con una juventud, con unas familias, con unos niños víctimas de un delito despreciable como el que más, entonces no existe la inmoralidad ni existe nada. A la mierda entonces con todo. (López Velásquez)

Respecto a la manera en que Vallejo y Sade constituyen la sodomía como parte fundamental del libertino, es necesario establecer que dentro del discurso sadiano la humanidad se impone al ser humano tal cual se revela ante él, y que siendo modelado por la sociedad en gran medida desde la niñez, el libertino encuentra como mayor objeto de placer rebelarse contra estos lineamientos, atentar contra ellos, por eso el sujeto libertino, como unidad de construcción no innata, se forma a través de la experiencia.

Hay un punto importante en relación con la homosexualidad que en las novelas de Vallejo simplemente acaece como quien encuentra un muchacho en la calle. Hasta cierto punto el homosexual en la concepción moderna como sujeto, que Foucault describe como la creación y aparición de un personaje a través de una patología y una expresión del “biopoder”, aparece cuestionada en la obra de Vallejo. Fernando y Darío son, según su propia descripción, reincidentes, si se quiere “viciosos”, sodomitas en el mejor de los casos, pero no personajes clínicos que puedan trazarse en su patología. Aquí funciona nuevamente la fórmula de des filiación con una contraseña, el yo del narrador desestima un discurso patológico y hasta “patologizante” que lo encasilla en una categoría que continuamente señala como demasiado poblada (¡allí están papas y presidentes!). La homosexualidad aparece en estos textos como un matiz más de un narrador en primera persona que relata un mundo donde el acto de la escritura es el retrato mismo de la soledad, un elemento más entre los muchos que obcecán al narrador desengañado de mitos, y que se regocija o reconforta al exponerlos. (Fombona)

La afirmación de Fombona revela la medida en que la sodomía, “en el mejor de los casos”, responde a la complacencia del autor frente a la manera en que devela al mundo sus vicios sexuales. El libertino, sujeto sexual que promueve el hedonista proyecto de la trasgresión social, no nace entendiendo sus “deberes” para consigo mismo, sino que los comprende y apremia durante su edad de la razón, aquí desde una justificación basada en la naturaleza (recordando el argumento de Mme. de Saint-Ange sobre la procreación). En el caso de Vallejo hay un plano de separación entre el término moderno de Homosexual -entendiéndolo no sólo como la práctica sexual con el mismo género, sino también como una relación erótica- y la práctica sodomita.

-A veces han querido asociar tu literatura con cierta agenda homosexual. ¿Estás comprometido en este tema? ¿Ves a tus libros como proselitistas?

Contestando a tu pregunta, tengo que decirte que mi causa en esta vida son los animales, no los mal llamados homosexuales. El homosexualismo o la homosexualidad, como concepto teórico- sea sociológico o cultural- surgió en

el siglo XIX por aquella necesidad de poner nombre a todo. Sin embargo, ese comportamiento aparece a lo largo de toda la historia como una expresión natural en todos los lados del mundo. No hay nada que reivindicar cuando estamos hablando de la misma naturaleza humana. Simplemente es así. Eso sí, me parece muy bien que en España, Holanda, Canadá y algunos lugares de los Estados Unidos los llamados homosexuales tengan derechos al mismo nivel que los llamados heterosexuales y se puedan casar si quieren... aunque lo que hay que hacer es acabar con el matrimonio. ¿Para qué van a meter en camisa de fuerza a los que ya estaban libres y casarlos? ¿Por qué? ¿Y adoptar? Ellos, niños, inocentes de este pecado que es la vida. Está bien por el seguro social y porque puedan heredar. Está bien por todo lo que pasaron para poder ser libres. Total, la otra familia va a seguir procreando aunque ya no quepamos. De todas maneras, qué bueno. (Villena)

A la pregunta de ¿por qué Vallejo, confeso practicante de la sodomía sólo con hombres, no se considera a sí mismo homosexual?, hay que responder con aquello de que el libertino del texto de Sade y el yo-narrador-protagonista de *El desbarrancadero* no responden a una necesidad patológica de erotismo, sino al placer de quebrantar la ley natural y sociocultural mediante la desafiliación emocional con los objetos de depravación que sólo sirven por el placer momentáneo del orgasmo. Respecto a los signos de Barthes sobre *el erotismo* y *el código erótico*, tanto en Sade como en Vallejo hay una transición no sólo de términos, sino también de significantes. Los dos signos de Barthes responden únicamente al proceder sistemático del acto sexual entre los dos autores y sus objetos, una sexualidad sin erotismo, siendo ésta la dificultad para delimitar el razonamiento sobre la sexualidad.

En cuanto a las ideas de Octavio Paz sobre el erotismo de Sade es necesario efectuar unas aclaraciones a fin de poder entender las distinciones entre sexualidad y erotismo.

Dice Paz:

No hay una diferencia esencial entre erotismo y sexualidad: el erotismo es sexualidad socializada, sometida a las necesidades del grupo, fuerza vital expropiada por la sociedad. Inclusive en sus manifestaciones destructoras –la orgía, los sacrificios humanos, las mutilaciones rituales, la castidad obligatoria- el erotismo se inserta en la sociedad y afirma sus fines y principios. Su complejidad –rito, ceremonia- procede de ser una función social; lo que distingue a un acto sexual de un acto erótico es que en el primero la naturaleza se sirve de la especie mientras que en el segundo la especie, la sociedad humana, se sirve de la naturaleza. (p.19-20)

El problema de la distinción entre erotismo y sexualidad que hace Paz, radica en que la sexualidad de Sade no es sólo un instinto animal y el erotismo no es una función social. Al hablar de una socialización de la sexualidad, del instinto, estaríamos contrariando la idea de la sodomía en cuanto que el acto del libertinaje es básicamente una preferencia, y no un inevitable cumplimiento de la naturaleza. Y el erotismo, por su parte, como hecho social, contradice la idea a la que hace referencia el sujeto libertino sobre la separación de individuos y la exaltación del mismo.

Paz manifiesta:

Gracias a la invención de un conjunto de reglas –que varía de sociedad a sociedad pero que en todas tiene la misma función- se canaliza el instinto. La sexualidad, sin dejar de servir a los fines de la reproducción de la especie, sufre una suerte de socialización. (p.18-9)

Ante la imposibilidad tanto sadiana como vallejiana de ser ambas o ninguna, sexualidad animal o erotismo social, se hace necesario encontrar un equilibrio que sea consecuente con los actos sexuales expresados por ambos autores. La antítesis respecto a las ideas de Paz es que en Sade y Vallejo se trata de una sexualidad que revierte en el mismo individuo libertino, separada de la simplicidad instintiva y de la socialización erótica. En primer lugar, porque la sexualidad aquí no tiene un fin reproductivo y además, como ya se explicó, obedece a una preferencia; en segundo lugar, porque en ambos autores la desafiliación no permite una relación erótica, teniendo en cuenta que la alteridad durante los actos sexuales demuestra su importancia sólo por su utilidad y funcionalidad. (Ver *El lenguaje de Agustín*).

2.2 Las fantasías Sacrílegas

El segundo de los gustos del libertinaje, *Las fantasías sacrílegas*, deviene en la manera en que el libertino profana la imagen de Dios, ya no sólo desde las distintas manifestaciones del rito religioso sino a través del ultraje directo del mismo nombre numinoso.

Hablando Dolmancé sobre la superioridad de la blasfemia entre las modalidades de profanación:

No porque en ésta haya más realidad, puesto que desde el momento en que Dios ya no existe ¿para qué serviría insultar su nombre? Pero ocurre que es importante pronunciar palabras fuertes o sucias en medio de la embriaguez del

placer, y las blasfemias son muy útiles para la imaginación. No hay que callar nada en ellas. Conviene adornarlas con el mayor lujo de expresiones. Es necesario que escandalicen lo más posible. Porque es muy agradable escandalizar: produce un pequeño triunfo para el orgullo, nada despreciable. Os confieso, señoras, que es una de mis voluptuosidades secretas: hay pocos placeres morales que exciten más mi imaginación. (p.80)

Dolmancé exalta la obligatoriedad de la palabra incendiaria que corresponda a la doble satisfacción del sujeto libertino: la del placer del mismo deseo frente a una alteridad y el de violentar al mismo tiempo la figura de Dios.

De igual manera, Vallejo pone a decir al protagonista:

Iba el bus atestado de gentuza, que es lo que produce hoy día esta mala raza paridora. ¡Qué! ¿Cuántos hay que contar en la monstruoteca para encontrar una belleza? ¿Mil? ¿Diez mil? ¿Cien mil adefesios? Mírense en el espejo antes de copular, de engendrar, de concebir, de parir, cabrones, ¡o es que tienen miedo de que se les pierda el molde? De pronto, sentadito con sus piernotas abiertas en una banca, vi un morenito de ojos verdes que me endulzó la mañana. ¡Ay Espíritu Santo, puro sexo, qué horror! Definitivamente sí, Dios existe, me dije. Y encomendándome a Él, al Ser Supremo, le pedí, le rogué por su santa madre en mis oscuridades interiores que me ayudara a conseguir esa belleza. Me oyó como oye la tapia llover la lluvia: el morenito se bajó en la Calle Carabobo, en pleno centro, y por entre un hervidero de hampones y de ratas se me perdió. Moraleja: Dios sí existe pero sirve para un carajo. No hay que perder el tiempo con Él. (p.88)

La blasfemia funciona en ambos autores de forma que la palabra injuriosa se fusione con la sexual y así exaltar mejor la palabra como trasgresión moral de la virtud. Es una de las formas a través de las cuales el libertino plantea una de las acciones del mal en la medida en que es consciente del atentado contra los preceptos sociales, sobre todo si se tiene en cuenta aquí que en la época de Sade la blasfemia era considerada digna de encarcelamiento. Esta manera de profanar recurre a la afirmación de la existencia de Dios a fin de sojuzgar mejor la figura, ya no desde la negación, sino desde la desfiguración, que es para Sade una de las mejores maneras de desvirtuar los ídolos:

Dolmancé. Dadme vuestro culo, señora... Sí, dádmelo, he de besarlo mientras me chupan; no os asombréis por mis blasfemias: uno de de mis mayores placeres consiste en invocar a Dios cuando la tengo tiesa. Me parece entonces que mi espíritu, mil veces más exaltado en ese momento, abomina y desprecia mucho mejor esa asquerosa quimera. (p.70-1)

Dolmancé. ¡Ah, santo Dios, rediós, recontradiós! Cambiemos, que no resisto... Vuestro trasero, señora, os lo ruego, ponedlo ya como os he dicho. (*Se disponen y Dolmancé continúa.*) Tengo menos dificultades aquí... ¡Cómo penetra mi verga!... ¡Pero este hermoso culo no es menos delicioso, señora!... (p.72)

Tanto Sade como Vallejo recurren al contradictor divino, en este caso de Dios, como otro ejemplo de desvirtuación de los ídolos. Y aunque el mismo Satanás es un objeto de culto, la desfiguración de la virtud de uno se logra a partir de las cualidades del otro. Desde la vehemencia del deseo por un objeto sexual ambos autores se sirven del Diabolo como una manera de incrementar el sacrilegio.

¡Oh, Lucifer, sólo y único dios de mi alma, inspírame algo más, ofrece nuevos extravíos a mi corazón y ya verás cómo me hundo en ellos! (Sade, p.102-3)

Arrodillado ante el Señor mi Dios, el Todopoderoso que tiembla y truena, al Dios del cielo le pido que: Que me gane la lotería. Que el esquivo amor no se me vaya como un pez escurridizo por entre los dedos. Y que muera en la impenitencia final maldiciendo de Ti y bendiciendo al Demonio, mi Señor Satanás que sobre la noche reina. (Vallejo, p.107)

2.3 Los gustos crueles

El tercero y último de los gustos del libertinaje son *Los gustos crueles*, los cuales se definen en la plena exaltación del sujeto del discurso, del mismo individuo.

Sobre esta base, no se trata de saber si nuestros procedimientos le gustarán o no al objetivo del que nos serviremos: se trata sólo de conmover la masa de nuestros nervios mediante el choque más violento posible. (Sade, p.81)

Tanto Sade como Vallejo defienden la idea de que la complacencia del libertino es superior al dolor que se infrinja a los demás. La visión de la satisfacción del yo-libertino a partir de la crueldad ejercida sobre otro pretende demostrar que el libertino no debe hacer distinción alguna respecto a los individuos objetos de su placer.

¡Ah!, creámoslo, creámoslo, Eugenia: la naturaleza, nuestra madre común, siempre nos habla únicamente de nosotros mismos; nada más egoísta que su voz, y lo más claro que en ella reconocemos en el inmutable y sagrado consejo del deleitarnos sin que nos importe a expensas de quién. (p.82-3)

Lo que hace Sade al plantear *Los gustos crueles* como una de las formas de la preeminencia del sujeto libertino, es recalcar la figura de la soledad suprema del mismo, y en el caso de Vallejo, del mismo yo-narrador-protagonista, en la medida en que la crueldad es un rasgo propio de la naturaleza humana:

La crueldad está en la naturaleza; todos nacemos con una dosis de crueldad que sólo la educación modifica; pero la educación no está en la naturaleza: perjudica los sagrados efectos de la naturaleza tanto como el cultivo perjudica los árboles. (Sade, p.83)

En todo niño hay en potencia un hombre, un ser malvado. El hombre nace malo y la sociedad lo empeora. Por amor a la naturaleza, por equilibrio ecológico, para salvar los vastos mares hay que acabar con esta plaga. (Vallejo, p.94)

En cuanto al significado del mal en Vallejo, hay que decir que, en la medida en que lo identifica con la licencia del nacimiento en la naturaleza, es decir, con los miembros de la raza humana, es paradójico que comience a denostar sobre su condición sin por ello aludir al desenfreno de la naturaleza del que él es también partícipe. Ahora, viendo que en ambos autores la crueldad o la maldad provienen de la naturaleza, es importante esclarecer cómo ésta se manifiesta en el discurso, ya no desde las dos características que Sade plantea: la de la crueldad que nace de la estupidez y no se razona, y la de la extrema sensibilidad, donde se afecta más a las mujeres, (p.84-5) sino desde el desafecto y la desafiliación del yo del discurso, del individuo para con el mundo.

¿Por qué habríamos de tener consideración con un individuo que no nos afecta para nada? ¿A santo de qué hemos de evitarle un dolor que nunca nos costará ni una sola lágrima, cuando sabemos que de ese dolor ha de nacer un placer muy grande para nosotros? ¿Acaso sentimos alguna vez un solo impulso de la naturaleza que nos aconseje preferir a los otros en lugar de nosotros mismos? ¿No está acaso uno en el mundo sólo para sí mismo? (p.82)

Vallejo, refiriéndose a Darío y a su auto (el Studebaker):

La manía contra las embarazadas era mía, pero como si fuera suya porque si yo veía una y le decía: “Acelera, Darío, a ver si la agarrás”, él aceleraba a ver si la agarraba. La inconciencia o no conciencia es condición sine qua non para la felicidad. No se puede ser feliz sufriendo por el prójimo. Que sufra el Papa, que para eso está: bien comido, bien servido, bien bebido, y entre guardias suizos bellísimos y obras de arte, con Miguel Ángel encima, en el techo, arriba del

baldaquín de la cama. ¡Así quién no! ¿Por qué en vez de esta manía por la presidencia no nos ha dado a todos por ser Papas? (p.33)

Ya vimos que dentro del discurso sadiano existen una serie de elementos frente a los cuales se experimenta aversión, tales como la Iglesia y la moral social, pero ¿dónde se ve en Vallejo la crueldad, el dolor o padecimiento que place al sujeto libertino y que lo distingue de sus ya no semejantes, fuera de sus ya conocidos sentimientos hacia su madre y su hermano menor, el Gran Guevón, e incluso hacia las mujeres embarazadas? En su actitud respecto a la caridad y los pobres, en la cual coinciden una vez más Sade y Vallejo:

Tampoco imagines, Eugenia, que esta acción tiene tan buenos efectos como se cree: por mi parte pienso que es la mayor de todas las engañifas; por ella el pobre se habitúa a recibir ayudas que deterioran su energía; cuando puede esperar vuestra caridad ya no trabaja y cuando ésta le falta se convierte en ladrón o en asesino. (Sade, p.44)

Vallejo, hablando con un doctor sobre bultos y bultos de naranjas que se pudrían atrás de su casa:

-¿Y por qué no las vendían? -¡Ay doctor, no sea ingenuo, a quién! En ese país nadie compra: todos roban. Y para que un pobre le acepte a uno unas naranjas regaladas, uno se las tiene que llevar a su casa. Mientras se las baja uno del carro, otro pobre del tugurio le roba a uno el carro. Dejemos mejor la cosa así. ¡Y que se pudran las hijueputas naranjas! (p,70-1)

Vallejo, hablando con su padre sobre la venta de unos apartamentos en el barrio de Laureles:

-No hay a quién –me contestó-. Hoy por hoy aquí sólo hay ricos muy ricos y pobres muy pobres. Y los ricos no venden porque los pobres no compran.
-Los pobres jamás compran –comenté-: roban. Roban y paren para que vengan más pobres a seguir robando y pariendo. Menos mal papi que ya te vas a morir y a escapar de ver tumbada tu casa. (p.13)

El odio que siente el autor por lo que él consideraría una forma despreciable de condescendencia hacia los demás, radica de forma alegórica en el gusto cruel por el sufrimiento del otro. El deseo “inhumano” de la crueldad se constituye aquí desde las enunciaciones de Vallejo por la aprehensión de los objetos subyugados mediante el

discurso. La desgracia de los objetos de los que se sirve el libertino debe ser atribuida a la excitación que siente éste por el padecimiento ajeno de aquellos a quienes desprecia. Sobre los moradores del Admiral Jet en Nueva York, donde vivieron Vallejo y Darío, y a quienes emplean en labores domésticas, causal del enojo del autor, se dice:

Desde el fondo negro de sus almitas negras a su vez se sonríen, y entran al edificio descombrándome la entrada de basura humana. Mi deseo más ferviente esta noche es que se queme esta deleznable caja de cartón con esta bazofia adentro no bien pare de nevar y no haya nieve que extinga el fuego. Que ardan el edificio y sus fornicadores de paredes. ¿Odio luego existo? No. El odio a mí me lo borra el amor. Amo a los animales: a los perros, a los caballos, a las vacas, a las ratas, y el brillo helado de las serpientes cuando las toco me calienta el alma. En cuanto a los que se llaman a sí mismos “rationales” –blancos, negros, verdes o amarillos- ah, eso ya sí es otro cantar, mejor dejemos así la cosa.

(...) Y que quede claro, para terminar con este penoso asunto, que los demagogos obnubilados me tacharán de “racista”. Que yo a los negros heroinómanos de Nueva York no los odio ni por negros ni por heroinómanos ni por ser de Nueva York, sino por su condición humana. Unos seres así no tienen derecho a existir. (p.168)

Respecto a la manera en que el autor desprecia la condición humana, tal cual lo había hecho antes cuando habló sobre la naturaleza del mal en el hombre que se vuelve aún más malo por la influencia de la sociedad, hay que mencionar uno de los tópicos en relación con Sade, y que será tema del tercer capítulo de esta trabajo: la rebelión contra la naturaleza, contra sí mismo. Vallejo, como Sade, se rebela contra su misma condición de ser humano, pero con una distinción importante: Vallejo se subleva contra la misma naturaleza, mientras Sade contra lo que no quiere ser, contra una condición modelada por la sociedad que se define en primera instancia por una decisión individual de negación absoluta, pero esto es un tema que se presentará más adelante. Volvamos a la crueldad.

Ahora, hay que ver que el lenguaje con que se articulan los gustos crueles depende de la manera con que el autor confronta nuevamente sus aversiones. En Vallejo, al igual que en Sade, este lenguaje es el de la violencia verbal, el instrumento principal con que ambos autores buscan reducir al otro a un objeto que sirve para desarticular su cuerpo en el discurso.

En la esfera de la sensualidad la intensidad representa el mismo papel que la violencia en el mundo moral y el movimiento en el material. Los placeres

supremos y, digamos la palabra, los más valiosos, son los placeres crueles, aquellos que provocan el dolor y lo confunden en un solo grito al gemido y al rugido. (Paz, p.48)

Gran parte del sensualismo hedonista en ambos autores se basa en la superioridad de la palabra, pues la violencia discursiva crea esa excepción del individuo libertino en su preeminencia sobre los demás. En Vallejo y Sade, por ejemplo, se percibe en relación con los pobres, objetos vulnerables para ambos autores, pero sin olvidar que la crueldad abarca otros temas de aversión como la Iglesia o el Gobierno. En resumen: la violencia sobre el otro como resultado de la palabra destructiva.

Si aceptamos que *El desbarrancadero* busca criticar radicalmente a las instituciones del gobierno, la iglesia y la familia con un lenguaje violento, es necesario destacar que tal acción no contribuirá a una mejora social. Así lo afirma Saramago al decir que “no tenemos mas remedio que reconocer que la literatura no ha transformado ni transforma socialmente al mundo, y que el mundo es el que ha transformado y va transformando, y no sólo socialmente, a la literatura”. El autor pasa de ser un simple pesimista, a ser un escritor comprometido, legitimizando moralmente su violencia verbal. La importancia del texto reside en presentar al lector un testimonio valido (o un espejo) de la crueldad e injusticia que existe en la naturaleza del ser humano. Vallejo, sumergido en un cinismo foucaltiano, dibuja con palabras una imagen grotesca y oscura de la vida moderna. Así, el escritor colombiano utiliza su arma más eficaz para combatir la abyección de la realidad: el lenguaje. (Balmori)

Tercer capítulo

Vallejo: un rebelde metafísico

Uno de los tópicos más importantes en el discurso sadiano se refiere a la posición insurrecta del cuestionamiento tanto de la creación como del estatus del hombre en su vida orgánica. El libertino halla en la rebeldía la forma de levantarse y discutir su existencia de modo que el libertinaje no se vea condicionado por un sentido de resignación y mero cumplimiento con la naturaleza. El carácter del libertino, por resistirse a la idea de una deidad contradictoria, es el que señala Camus en su tratado *El hombre rebelde*, específicamente en sus dos primeros capítulos, *El hombre rebelde* y *La rebelión metafísica*, sobresaliendo para nuestro tema las dos primeras partes del rebelde metafísico: *Los hijos de Caín* y *La negación absoluta*, las cuales definen claramente la posición del libertino de Sade respecto a la figura de Dios y su séquito religioso. Camus halla en la parábola de Caín uno de los principales crímenes de la historia en cuanto que, según él, es el primer evento inmoral del Dios cristiano frente al hombre, el sacrificio de Abel y la indiferencia con Caín. En *El hombre rebelde* la figura del personaje bíblico abandonará su sentido virtuoso y, así como el Caín de Byron, se tornará blasfemo y racional, una medida más destinada a transgredir la historia religiosa desde una perspectiva lógica racional y que hace que el sujeto libertino se corresponda con el hombre moderno.

La rebelión metafísica es el movimiento mediante el que un hombre se levanta contra su condición y contra la creación entera. Es metafísica porque discute los fines del hombre y de la creación. El esclavo protesta contra la condición que le es impuesta en el interior de su estado; el rebelde metafísico, contra la condición que le es impuesta como hombre. (Camus, p.719)

Pregunta: Quienes le conocen bien resaltan su amabilidad y su bondad, ¿por qué al tomar la pluma para escribir no perdona ni a Dios?
R: Dios no existe y si existe no sirve para un carajo. Nada le debo a esa entelequia. (Azancot)

Después de cotejar la manera como ambos autores, Vallejo y Sade, demuestran su aversión a lo religioso, y en sí a toda la concepción cristiana, es importante ver que el fin último de esta idea, es decir, su mayor crítica, está dirigida a la figura de Dios, hacia la indiferencia del creador omnipotente con su creación. Vallejo, como Sade, plantea el escepticismo respecto a la virtud antes que a la misma existencia de ese dios. La posibilidad de ese dios quimérico que vive y escucha en su desinterés, que existe pero

que no actúa, es lo que brinda el objeto de las injurias dentro del discurso sadiano. Dios existe sólo para tiranizar al hombre, y el gusto, el placer de éste último radica en la manera en que se rebela contra él.

Vallejo hablando sobre sus padres:

Ellos eran el espejo del amor, el sol de la felicidad, el matrimonio perfecto. Nueve hijos fabricaron en los primeros veinte años mientras les funcionó la máquina, para la mayor gloria de Dios y de la patria. ¡Cuál Dios, cuál patria! ¡Pendejos! Dios no existe y si existe es un cerdo y Colombia un matadero. (p.7-8)

Las palabras de Vallejo revelan desde las primeras páginas de *El desbarrancadero*, con un lenguaje algo soez, la idea de la figura de Dios durante toda la novela y que se relaciona claramente con el rebelde metafísico de Camus. La pregunta por la validez de Dios se responde negativamente a partir de su inexistencia, y en caso de que existiese, de su supuesta inmoralidad. Tanto Vallejo como Sade plantean a este dios como un ser que vive en el principio seguro de la afirmación contingente: Dios no existe, y si existe no vale la obediencia o el aprecio del hombre. Principio fundamental en la argumentación del rebelde insurrecto en ambas narrativas.

Dolmancé, hablando sobre Dios, expresa:

(...);si es cierto que, suponiendo que exista, ese ser inerte sería seguramente el más ridículo de todos los seres, porque sólo hubiese servido un solo día y desde hace millones de siglos se encontraría en una inacción despreciable; que, suponiendo que existiese tal como nos lo describen las religiones, sería seguramente el más detestable de los seres, porque permite el mal sobre la tierra, cuando su omnipotencia le permitiría impedirlo; si, digo, todo esto estuviese probado, como innegablemente lo está, ¿creeríais entonces, Eugenia, que la piedad del hombre hacia ese Creador imbécil, insuficiente, feroz y despreciable sería una virtud muy necesaria? (p.38)

Las connotaciones que se le atribuyen a Dios desde la religión se ven cuestionadas por el rebelde metafísico de manera que desde el punto de vista de la impotencia o la inmoralidad del primero respecto al mal que afecta al hombre, el segundo pueda sublevarse contra él y logre desmitificarlo. La sedición extrema que propone el rebelde respecto a los suplicios del hombre debidos a la impotencia o inmoralidad de Dios sugiere un levantamiento, no contra la inquietud de su existencia, ya que para atentar contra un objeto antes hay que constatarlo, sino contra su bienaventuranza inactiva y displicente que atenta contra toda razón. El libertino se rebela contra su condición

perecedera y al mismo tiempo juzga los motivos de su creación desde una figura despótica que indebidamente es cualificada. De ahí que Sade desprecie a los sujetos abanderados que divinizan al ser supremo y traicionan al mismo tiempo su discurso. De manera semejante Vallejo:

-¡Cuántos aviones no estarán en estos instantes surcando en este mundo el cielo! –pensé. Y cuántos hombres y animales no estarán naciendo. O muriendo. ¿Y total para qué? ¿Para qué tanto ajeteo, como diría la abuela? ¿Para cumplir el plan de Dios? Sí abuela, para eso, para cumplir el plan del Monstruo. (p.123)

Vallejo, al hablar sobre el examen de sida que se practicaron él y Darío, escribe:

En ese momento le pedí a Dios que el laboratorista se hubiera equivocado, que hubiera confundido los frascos, y que el resultado fuera al revés, el mío positivo y el suyo negativo. Pero no, Dios no existe, y en prueba el hecho de que él ya está muerto y yo aquí siga recordándolo. Por lo demás, si el enfermo de sida hubiera sido yo y el sano él, juro por Dios que me oye que él me habría dado una patada en el culo y tirado a la calle. Así era mi hermano Darío: irresponsable a carta cabal. (p.36)

Vallejo, tanto como Sade, se resiste a la idea de un ser superior y omnipotente que arbitrariamente regule la existencia del hombre desde una posición plenamente ajena al accionar del ser humano. Desde este punto de vista el rebelde metafísico, como lo ha denominado Camus, es el sujeto que busca la emancipación del hombre respecto de su creador. Es el ser que demuestra su intolerancia respecto a la dependencia de otro ser, que aun siendo poseedor de un poder demiúrgico, no tiene derecho al tutelaje. En esta medida, el libertinaje es la forma con que el ser humano se resiste a la custodia de un dios quimérico propenso al castigo por la desobediencia de su creatura, mostrando así una relación de coacción.

Al mismo tiempo que rechaza su condición mortal, el rebelde rechaza reconocer el poder que le obliga a vivir en esta condición. El rebelde metafísico no es pues seguramente ateo, como se pudiera creer, pero forzosamente es blasfemo. Sencillamente, blasfema en primer lugar del orden, denunciando en Dios al padre de la muerte y el supremo escándalo. (Camus, p.720)

El hombre, antes que ser un rebelde, es un sujeto alienado víctima de sí mismo, de su ineficacia respecto al pensamiento religioso que según ambos autores enajena al ser humano. Pero hay que decir que el rebelde no es una exaltación sin más del ser humano, puesto que éste nunca abandona su esfera mortal y perecedera, se trata de una

confrontación lógica que iguale a la obra con su creador. El ser desmitificador se consuela y anima al mismo tiempo que protesta y se subleva, mientras consecuentemente recluta a los seres a quienes desprecia, a sus semejantes mortales que todavía no favorecen al libertino impío.

Con ideas semejantes no es fácil preocuparse por la suerte del hombre. Sin embargo, la obra de Sade no es nada más que una larga invectiva contra la especie humana; también es una tentativa por despertarla y disipar los engaños que nublan su entendimiento. Por más singular que nos parezca su pensamiento y por más solitaria que sea su figura, Sade es un hombre y escribe para los hombres. Como su época, Sade cree que la civilización es el origen de nuestros males; a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, no se hace ilusiones sobre la naturaleza humana. Sade acumula argumentos y sarcasmos con su desmesura habitual. En esa masa imponente se mezclan ideas propias y ajenas, el genio y el capricho, la erudición y el lugar común. Sus descripciones de las ideas religiosas y morales anticipan, en ciertos momentos, el tema del “hombre enajenado” de la filosofía moderna; otras veces prefiguran a Freud. (Paz, p.52-3)

En cuanto a la manera en que el libertino también se realiza en la desmitificación de Dios, hay que ver que la confrontación de ambos autores con ese ídolo representa la manera en que el hombre es irrelevante para él. Sade, durante toda su obra, sustituiría a Dios por la Naturaleza, por esa medida lógica de destrucción, es decir, un dios cristiano envilecido por la existencia del mal no puede ser bueno; y en el caso de que exista, es un ser hipócrita frente a su misma condición. Sade, en sus continuos señalamientos sobre los desastres naturales y la forma en que el hombre sufre durante toda la historia los padecimientos de la destrucción, resalta la manera en que somos un espejo de esa maldad y no de la virtud que pretende Dios. El libertino halla en la Naturaleza un espejo al que no debe responder por ser un producto de su imagen y semejanza, igual de destructor a ella, pero al mismo tiempo el libertino halla en ella un llamado a hacer el mal. Si él halla en ella un espejo, es para justificar sus actos entre los hombres y no ante ella. El libertino no responde a nadie más que a sí mismo, de ahí que no exista el remordimiento en el libertinaje. Los ejemplos que muestran tanto Sade como Vallejo sobre el hombre que siempre dirige su voluntad a la destrucción (Ver Vallejo en *Los gustos crueles*), constatan la idea de una justificación natural para el deshacer. Sade planteó en su época una sustitución de deidades: la Naturaleza en lugar de Dios. De esta manera la Naturaleza aparece como un ser más lógico que Dios, pero ésta situación conduciría a otra dependencia igual de grave, aunque más libertaria que su predecesora.

En el caso de Vallejo, la sustitución de dioses, en cuanto en nada le debe él a esa “entelequia”, es la sustitución de culpables. El autor ya ha demostrado la lejanía respecto de él, pero aún después de esto muestra su remordimiento por la posibilidad de ser obra suya. Una de las diferencias entre Sade y Vallejo, anunciada ya en *Los gustos crueles*, es la de la rebelión hacia la misma naturaleza, hacia sí mismo.

-Si viene la policía a buscarnos aquí, se van a encontrar una selva -le decía a Darío mientras seguía limpiando, concentrado. Una selva, sí, de esas planticas verdes, impúdicas, de hojitas dentadas, lanceoladas. ¿Pero por qué habría de venir la policía a buscarnos?

-Bueno, digo, por decir. Por este complejo de culpa que mantengo desde que aterricé en este mundo. Porque no hay inocentes, Darío, porque todos somos culpables. Y he ahí una diferencia fundamental entre él y yo. Que yo tenía vagos remordimientos de conciencia y él ninguno. ¡Como no tenía conciencia! Simplemente no se pueden tener remordimientos de conciencia cuando no hay conciencia. Se necesita materia agente. Darío era un inconsciente desaforado. Desde hacía mucho que tiró ese estorbo a la vera del camino, volando su Studebaker destartado de bache en bache entre nubes de polvo, mientras a los lados de la carreterita torcida, torcida como sus intenciones, saltaban pollos y mujeres embarazadas a un charco.

-¿Estripamos a esa vieja, o qué?

-Parece que sí, parece que no. El polvo no dejó ver. Sigamos. (Vallejo, p.32)

El libertino no puede albergar remordimiento respecto de sus actos, ya que éstos están justificados por la Naturaleza; pero al mismo tiempo que Vallejo se rebela contra ella, afirma también la idea de su propia creación. Reniega de su nacimiento, pero lo constata en la Naturaleza. La personificación del desenfreno de las pasiones, en este caso Darío, se muestra muy distinto a Vallejo, sujeto del discurso. Pero esta contradicción se ve reflejada en una clara similitud con Sade, y es que tanto este último como Vallejo ven al hombre como un ser necesario, un ser que era imposible que no naciera.

El caos produce más caos. Y me ponen, señores físicos, esta ley como ley suprema, por encima de las de la creación del mundo y la termodinámica, porque todas, humildemente, provienen de ella. El orden es un espejismo del caos. Y no hay forma de no nacer, de impedir la vida, que puesto que se dio es tan irremediable como la muerte. Punto y basta. Dixit. (Vallejo, p.124)

Podemos estar seguros de que ningún dios ha tenido nada que ver con nosotros y de que, como las plantas y los animales, estamos aquí por necesidad natural, porque era imposible que no existiéramos. (Sade, p.139)

Puesto que el nacimiento del hombre es un hecho inevitable para la concepción de la historia del mundo, Vallejo, entonces, negará el arrepentimiento o la culpabilidad, propias del libertino que hay en él. La rebelión contra la Naturaleza es sólo un acto más para injuriarla y corresponderla, en cuanto que profanarla desde su negación, desde el arrepentimiento, como lo hace Vallejo con su sentimiento de culpabilidad por su condición humana, es otra forma de rendirle tributo. Un libertino no puede mostrar arrepentimiento respecto de sus actos, pero en este caso el acto no lo cometió él, sino la posible deidad de la que recusa, o mejor los sujetos que no siguieron el libertinaje y produjeron un nuevo individuo, es decir, sus padres biológicos. .

Si todo es natural, no hay sitio para la moral. ¿Lo hay para el hombre? Sade se hizo muchas veces esta pregunta. Aunque sus respuestas fueron contradictorias, nunca dudó que el hombre fuese un accidente de la naturaleza. Todo su sistema reposa en esta idea. Es el eje y, asimismo, el punto sensible, el nudo de la insoluble contradicción. (...) Profanarla es una manera más de honrarla; con nuestros crímenes la naturaleza se elogia a sí misma. Y esto también es una ilusión de nuestra incurable vanidad: la naturaleza no sabe nada, no quiere saber nada de nosotros. Y nosotros nada podemos contra ella. (Paz, p.44-5)

Señalando cómo la condición humana está llena de suplicios y tormentos, el rebelde metafísico debe culpar a Dios por ser el posible artífice de estos castigos. Su existencia obliga a privarlo de sus atributos, y puesto que el hombre está hecho a su imagen y semejanza, debe sufrir de igual manera el dolor del estado orgánico. La sustitución de dioses es producto de cómo el dios cristiano es objeto de desidia. Recordando la manera con que ambos autores testifican la existencia de Dios por medio de la blasfemia, el libertino debe rebajar a esa deidad a la vida trivial humana.

De la misma manera, si el rebelde metafísico se levanta contra un poder del cual, simultáneamente, afirma la existencia, no plantea esta existencia más que en el instante mismo en que la discute. Arrastra entonces a este ser superior a la misma aventura humillada que el hombre; su vano poder equivale a nuestra vana condición. (Camus, p.721)

La reclamación del rebelde constituye la manera en que el libertino promueve la degradación del dios cristiano. La conciencia del mal de éste se crea y se define a partir de su contraposición con el bien religioso. Sin la concepción de la virtud no existiría la del crimen, la cual es alabada por los personajes de Sade.

La noción del dios personal, creador y por consiguiente responsable de todas las cosas, es la única que da su sentido a la protesta humana. Se puede decir así y, sin paradoja, que la historia de la rebelión es, en el mundo occidental, inseparable de la del cristianismo. Hay que esperar en efecto los últimos momentos del pensamiento antiguo para ver a la rebelión empezar a encontrar su lenguaje, en pensadores de transición, y en nadie más profundamente que en Epicuro y Lucrecio. (Camus, p.725-6)

Después de reconocer que el mal está ligado íntimamente con la virtud del cristianismo, es necesario ver que esta relación del crimen con miras a desvirtuar la figura de Dios y el bien de la religión es necesaria para desacreditar el rito y el culto de la iglesia católica. La connotación inmoral de este dios quimérico está unida al dogma institucional, el cual se constituye de forma histórica a través de guerras y sacrificios, como por ejemplo las distintas inquisiciones que se dieron por toda Europa. Ahora bien, una de las formas mediante las cuales Dios se muestra ante el libertino es con su poder omnipotente sobre el ser humano, en su relación de coacción, siendo uno de los caminos el intimidarlo con los padecimientos físicos y, sobre todo, con la muerte. El libertinaje, específicamente, responde a la expiación del hombre en relación consigo mismo, y una de las formas de demostrarlo es la anulación del sentimiento de inferioridad respecto al poder divino: “Puesto que nos amenaza la muerte, es preciso demostrar que la muerte no es nada”. (Camus, p.726)

-¿Todavía piensa que si se queda en Colombia lo matan?

-No tiene importancia el asunto. Yo soy uno más entre 46 millones. Me da igual si lo hacen.

-No se lo creo.

-Me da igual seguir viviendo que morirme. (Duzán)

¿Acaso he de examinar..., he de representarme vuestro temible Dios mediante los dogmas de la religión cristiana? Veamos un poco cómo me lo pinta... ¿Acaso no veo en el Dios de ese culto infame a un ser inconsecuente y bárbaro, que hoy crea un mundo y mañana se arrepiente? ¿Acaso no veo a un ser débil, incapaz de lograr que el hombre actúe de acuerdo a [sic] sus deseos? Aunque emanada de El, esta criatura le domina. ¿Es capaz de ofenderlo y de merecer por ello suplicios eternos! ¡Qué ser más débil, ese Dios! (Sade, p.39-40)

Vallejo, hablando de las ratas en el Admiral Jet:

Nos amamos, gústele o no le guste a este Papa. A esta travestida polaca y a sus esbirros del Opus Dei y de la Compañía de Jesús, que Nuestro Señor Satanás

acoja sin dilaciones en su caldero hirviendo. ¡O qué! ¿Va a dejar este Diablo idiota que se nos vaya impune a cantar al cielo semejante pandilla internacional de mafiosos? Si hay Dios, tiene que haber un Diablo que cobre las cuentas sucias de este mundo y nos investigue de paso las de los bancos vaticanos, a ver si las encuentra tan católicas. Dios sí existe pero anda coludido con cuanto delincuente hay de cuello blanco en el planeta. Este viejo es como los presidentes colombianos: una alcahueta del delito, un desvergonzado, un indigno. O como Luxemburgo, Liechtenstein, las Islas Caimán, Suiza: un paraíso fiscal con lavadero de dólares. Mientras Él exista existirán siempre aquí abajo, en este desventurado valle de lágrimas, el ecumenismo o globalización, la corrupción, la impunidad, la coima. El único que puede acabar con los cuatro jinetes del Apocalipsis es el Diablo. (p.166-7)

El rebelde usa la blasfemia para resaltar su condición transitoria en este mundo por encima de las presunciones virtuosas que promueve la religión. El libertino, ajeno al dogmatismo cristiano, niega tanto su salvación como su castigo desde la postura de la lucha contra el culto de la virtud. Desde esta perspectiva, el ideal del crimen, como fin último de sus actos, es atentar contra todas las figuras de la herencia cristiana, sobre todo vincular al dios abyecto de esa religión al discurso de la pleitesía a la Naturaleza. Uno de los atributos del discurso sadiano constituye en legitimar sus inferencias desde la absurdidad de ese dios, y para esto, Sade se sirve de su profunda necesidad de develar las fallas ontológicas del discurso dogmático. Cristo, como expresión ontológica de Dios, será para Sade y Vallejo un recurso retórico más para alimentar el oficio del libertino, para desacreditar a sus opositores. Al descalificar a uno, al mismo tiempo se desautoriza al otro.

Vallejo, en conversación con unos amigos tras el discurso que pronunció en la ceremonia de entrega del Premio Rómulo Gallegos (por nuestra novela en cuestión);, manifestaba: “Como ustedes, o la mayoría de ustedes, yo nací en la religión de Cristo y en ella me bautizaron. Pero en ella no me pienso morir. Si Cristo es el paradigma de lo humano, la humanidad está perdida”.²

El autor, con estas palabras, lanza la consigna de rebeldía contra la modelización social, y al mismo tiempo mantiene al dios cristiano en su necesaria condición de inmoralidad. De esta manera, el discurso leído en Caracas corresponde al discurso sadiano presente en *El desbarrancadero*.

² Vallejo, F. “Discurso para recibir el Premio Rómulo Gallegos por su novela *El desbarrancadero*”. Palabras en la entrega de la XIII edición de este Premio Internacional de Novela.

Nietzsche tendrá a Dios por muerto en el alma de sus contemporáneos. Se aferrará entonces, como Stirner, su predecesor, a la ilusión de Dios que se retrasa, bajo las apariencias de la moral, en el espíritu de su siglo. Pero, hasta ellos, el pensamiento libertino, por ejemplo, se ha limitado a negar la historia de Cristo (“Esta novela sosa”, según Sade) y a mantener, en sus mismas negaciones, la tradición del dios terrible. (Camus, p.732)

Mediante las invectivas contra Cristo, Vallejo y Sade pretenden sojuzgar el objeto religioso desde un cuestionamiento lógico y vulgar y a través de un lenguaje subversivo e incendiario. Entre más ampuloso sea este lenguaje, más voluptuosa se vuelve la palabra libertina. Dolmancé, hablando sobre Cristo:

>>Veo ante todo una infancia ignota, algunos servicios, sin duda muy libertinos, que este bribonzuelo les hace a los sacerdotes del templo de Jerusalén; luego una desaparición de quince años durante la cual el bribón se envenenará con todas las fantasías de la escuela egipcia, que por último introducirá en Judea. Apenas reaparece cuando su demencia le hace decir que es el hijo de Dios, idéntico a su padre. Asocia a esta alianza otro fantasma al que llama Espíritu Santo, ¡y asegura que estas tres personas sólo deben formar una! Cuanto más asombra a la razón este ridículo misterio, más insiste el bellaco en que es meritorio adoptarlo... y peligroso destruirlo. Para salvarnos a todos, asegura el imbécil, se ha encarnado, a pesar de ser *dios*, en el seno de una hija de los hombres. ¡Los deslumbrantes milagros que va a operar no tardarán en convencer al universo! En efecto: en una comida de borrachos, el pícaro transforma, según dicen, el agua en vino; en un desierto alimenta a algunos depravados con provisiones ocultas preparadas por sus secuaces; uno de sus camaradas se hace el muerto y nuestro impostor lo resucita; lo traslada a una montaña y allí, en la sola compañía de dos o tres amigos suyos, hace un pase de prestidigitador que avergonzaría al peor ilusionista de nuestros días. (p.41)

Vallejo hablando sobre una parábola de Cristo:

También está en los evangelios el episodio de los mercaderes del templo a quienes Cristo expulsó furioso a latigazos porque estaban vendiendo adentro sus baratijas. Si Cristo no quería que los mercaderes comerciaran en el templo, ¿por qué no los hizo ricos para que no tuvieran qué trabajar? ¿O por qué no les dio local propio, una tienda? ¿No era pues el hijo del Todopoderoso? ¡Le habría podido mover el corazón a su papá! ¿Y cómo es eso de que el paradigma de lo humano pierde los estribos y se deja llevar por la rabia? En México dicen que el que se enoja pierde. Yo no sé. ¿Y por qué resucitó a Lázaro y sólo a él y no también a los demás muertos? ¿Y cómo supo que Lázaro quería volver a la vida? A lo mejor ya estaba tranquilo, por fin, en la paz de la tumba. ¿Y para qué lo resucitó si tarde que temprano Lázaro se tenía que volver a morir? Porque no me vengan ahora con el cuento de que Lázaro está vivo. Un viejito como de dos mil años. No, Lázaro se volvió a morir y Cristo no lo volvió a resucitar. ¿Por qué esas inconsecuencias? ¡Una sola resurrección no sirve! Si nos ponemos en plan de dar, demos; y en plan de resucitar, resucitemos. Y si resucitamos a uno, resucitémoslos a todos y para siempre. Así a los seis mil millones de *Homos sapiens* que hoy poblamos la tierra les sumamos otros

tantos por lo bajito. ¿Con doce mil millones no se contentará este Papa? ¿O querrá más? ¿Doce mil millones copulando sin condón cuántos producen al año? A ver, saque cuentas, Su Santidad. ¿Dónde los va a meter? ¿En el Vaticano? (Vallejo, Discurso)

Como en *Caín: un misterio* de Byron, la historia teológica es contrapuesta a la ficción literaria según la lógica y la controversia del sujeto inconforme con la inercia existencial en la que transcurre la vida del hombre. Este Caín, amante de la vida y del cuestionamiento, sirve, sin intentarlo siquiera, para inaugurar un linaje de rebeldes aún más mesiánico que Cristo, que desde la perspectiva de la insurrección implica la benevolencia para con los demás hombres a partir del debate sobre la verdad de la función de Dios. La lucha contra la muerte como castigo o llamado divino, es vista desde el misterio de Caín y su predecesor, el libertino, como un suceso irrelevante para el hombre en la medida en que la religión es ajena a la vida humillada del ser mortal. El mismo hecho de debatir la creación humana y la inmoralidad de Dios devela las formas en que el romanticismo, aunque dejó pasar desapercibido al sujeto libertino de Sade, lo implicó, sin saberlo, hasta sus últimas instancias. Es necesario recordar que el libertino desmiente una vida después de la muerte, al plantear que al momento de morir su cuerpo, el libertino vuelve a la naturaleza, a la “verdadera” entidad creadora. Vallejo percibe la muerte como una nada reflejo del caos y la violencia.

-¿Qué habrá después de la muerte, m´hijo? –me preguntó.

-Nada, papi –le contesté-. Uno no es más que unos recuerdos que se comen los gusanos. Cuando vos te murás seguirás viviendo en mí que te quiero, en mi recuerdo doloroso, y después cuando yo a mi vez me muera, desaparecerás para siempre.

-¿Y Dios?

-No existe. Y si no, mira en torno, por todas partes el dolor, el horror, el hombre y los animales matándose unos a otros. ¡Qué va a existir ese asqueroso! (p.76)

Pero también es necesario señalar que la fuerza destructora del libertino es muy distinta del cuestionamiento del Caín de Byron y del sacrificio del Abel bíblico, ello porque no basta con plantear la simple mortalidad de Cristo, no, su historia no sólo debe ser desvirtuada sino también destruida desde la falsedad y la inverosimilitud.

Pronto los altares de Venus y de Marte se transforman en los de Jesús y María; se publica la vida del impostor; esa burda novela encuentra incautos; le hacen decir mil cosas en las que nunca había pensado; algunos de sus descabellados discursos se convierten pronto en la base de su moral y, puesto que esta

novedad se predicaba entre los pobres, la caridad se convierte en su primera virtud. (...)»»No lo dudemos, desde su mismo nacimiento este indigno culto habría quedado definitivamente destruido si se hubiesen usado contra él las armas del desprecio que merecía. Pero se creyó que había que perseguirlo; medio infalible para que creciese. Todavía hoy, si se probase a cubrirlo de ridículo, se vendría abajo. (Sade, p.42-3)

En entrevista a Vallejo:

Usted acusa a la Iglesia de haberse inventado a Cristo. ¿Por qué cree que Cristo nunca existió?

¿Cristo? Cuál de todos, porque hay muchos. En el solo Nuevo Testamento hay tres: uno es el de los evangelios sinópticos (o sea el de Mateo, Lucas y Marcos); otro muy distinto, es el del evangelio de Juan; y el tercero es el de las catorce epístolas de Pablo. Por si fuera poco, además de estos tres, está el cristo de los ebionistas, otro de los elkesaitas, otro de los ofitas, otro de los nazarenos, otro de los judaizantes, otro de los adopcionistas, otro de los docetistas, otro de los gnósticos, otro de los simonianos, otro de los harpocarcianos, otro de los valentinianos, otro de Basíledes, otro de Cerinto, otro de Carpócrates, otro de Marción... ¿De cuál de estos cristos estamos hablando?

Según usted, ¿ninguno de estos cristos existió?

Ninguno. Jesús es un personaje histórico, por lo tanto postular su existencia es algo muy distinto a postular la existencia de Dios. Uno puede aceptar que Dios existe por la fe, que es como lo aceptan los protestantes, los cristianos de la Iglesia ortodoxa y los musulmanes. O por la fe y la razón, como lo aceptan los católicos. Pero uno no puede aceptar la existencia de un personaje histórico por la fe, sino por pruebas de la Historia. Si el cristianismo plantea la existencia de Cristo, le toca probarlo. Y no tiene forma de hacerlo. Que Cristo existió no es algo que pueda probar. No hay forma. Solo fechas y nombres y textos inciertos.

¿Cree en Dios?

Le contesto lo que le contestó el astrónomo Laplace a Napoleón cuando este le hizo la misma pregunta: “señoría: yo no necesito de esa hipótesis”. (Duzán)

Conociendo ahora que Vallejo y Sade reivindican al ser humano frente al dios inmoral desde la apología del ser empírico, hay que añadir que el libertino hallará el suplemento a este vacío existencial en el intento por la perfecta individualización del solipsismo. Al favorecer sus creencias sobre la libertad absoluta que legitima una cantidad indescifrable de crímenes ante su alteridad, el libertino pretende sojuzgar toda entidad incomprensible que no nazca de sí mismo, añadiendo que esta aparente posición nihilista paradójica y contradictoria en el discurso respecto a la Naturaleza, revela la búsqueda del libertinaje como una manera a través de la cual el libertino singulariza sus

actos y su mismo espíritu. Pero esta búsqueda no quedará impune. La suprema soledad del libertino, de la que se desprende su poder absoluto, se debe a su negación y renuncia a cualquier tipo de dependencia ontológica. Así, el libertino, además de desengañarse de la falsa imagen altruista del dios cristiano y de su hijo, tendrá que rendir cuentas ante su misma soledad. La unicidad de su solipsismo revela que su existencia es contradictoriamente irrelevante para la Naturaleza. Un ser que nace (como una necesidad natural), vive (para una vida necesariamente hedonista) y muere (volviendo a la nada existencial de la naturaleza) para sí mismo, está exento de toda relevancia en la vida humana. ¿El mundo, la misma Naturaleza se verían entonces afectados en algo si este libertino no hubiera nacido jamás?

Yo no soy hijo de nadie. No reconozco la paternidad ni la maternidad de ninguno ni de ninguna. Yo soy hijo de mí mismo, de mi espíritu, pero como el espíritu es una elucubración de filósofos confundidores, entonces haga de cuenta usted un ventarrón, un ventarrón del campo que va por el terrenal sin ton ni son ni rumbo levantando tierra y polvo y ahuyentando pollos. (Vallejo, p.41)

CONCLUSIONES

Durante el primer capítulo constaté tomando el modelo de Barthes que la escritura de Sade puede ser leída en base a un sistema semiológico que fue inconsciente para el autor, pero que al mismo tiempo permite demostrar una estructura lingüística que explique como una especie de “cuaderno de bitácora” cómo esta serie de símbolos, refiriéndome al símbolo como asociación de signos, pretenden un metalenguaje discursivo. Las maneras de articular estas asociaciones de signos demostradas por el Estructuralismo y aplicadas en *La filosofía en el tocador* permitieron una analogía con *El desbarrancadero* la cual comprueba que, Vallejo de manera inconsciente también, utilizó a Sade para recrear su propio discurso libertino durante esta novela. El protocolo que planteó Barthes para la lectura de Sade y que utilicé para la lectura de Vallejo, establece que la correspondencia entre significado y significante, lo inteligible y lo sensorial, influyó de manera determinante en la estructura narrativa de Vallejo en cuanto que el método semiótico del marqués está abocado luego de la construcción del discurso contestatario y la palabra incendiaria, a persuadir al lector al igual que el del colombiano. Cada uno de los signos en ambos autores trascienden su representación fonética y su contenido semántico hacia ese “escándalo del sentido aprehensivo” que caracteriza al lenguaje iconoclasta y reaccionario de ambas novelas. “Además, Sade es un autor austero y sus obras buscan más la aprobación de nuestro juicio que la complicidad de nuestros sentidos. Sade no quiso conmover, exaltar o convertir: quiso *convencer*.” (Paz, p.70) El encierro, las descripciones físicas, el proyecto educativo, etc. son los fragmentos lingüísticos que caracterizan al discurso sobre el libertinaje y que hallé en la narrativa vallejana los cuales en distinto contexto retomaron el estilo perspicaz del autor del siglo XVIII. Respecto a la funcionalidad de este sistema, tanto en la novela de Sade como en la de Vallejo, es necesario exaltar que el Estructuralismo es una ciencia de la forma más que del contenido, brindando de esta manera la idea de que esta guía lingüística no refleja explícitamente el por qué sino el cómo lo hicieron. El discurso del libertinaje creado por el marqués de Sade hace más de 200 años fue un modelo de transgresión moral hacia la sociedad atacando las instituciones virtuosas como la Iglesia y la familia y revelando tabúes sexuales como la sodomía; para lograrlo Sade se valió de una multiplicidad de operadores del lenguaje que le permitieron estructurar su apología del crimen y del desenfreno de las pasiones; resaltando también que el mismo acto de escribir las aventuras libertinas fue para Sade una tentativa

criminal, hay que decir que cada una de las formas con que construyó esta pretensión fue dividida por Barthes en una teoría de interrelaciones, viendo de esta manera que tanto Sade como Vallejo produjeron este modelo teórico a partir de la necesidad de articular sus narraciones. De esta forma tras la lectura del reconocimiento de los signos vemos que de la analogía de estructuras semióticas de ambas retóricas se deduce que la novela de Sade fue un arquetipo semiológico para la novela de Vallejo y, que tanto Vallejo como Sade generaron una forma de edificar sus narrativas a partir de un modelo sincrónico de enunciaciones que fueron producidas por la exención de la literatura, esa libertad de la ficción que permite la expiación del libertinaje sin consecuencias para con el sujeto libertino.

En cuanto al segundo capítulo comprobé que a través del sensualismo hedonista del libertinaje, Vallejo correspondió sus acciones lujuriosas en *El desbarrancadero* con los tres gustos principales que conlleva a un sujeto a ser un modelo libertino: *la sodomía, las fantasías sacrílegas y los gustos crueles*. Durante esta novela el yo-narrador-protagonista atribuyó su apostasía al desenfreno de las pasiones y a construir un hiperrealismo que desencadenó una desmoralización de la concepción de la virtud en la religión cristiana, tal cual lo hizo Dolmancé en *La filosofía en el tocador*. Esta analogía de episodios demuestra que tanto los actos sexuales como las maneras de particularizarse como individuo libertino en Vallejo fueron construidos en base a una necesidad de privilegiar al sujeto del discurso, señor de la palabra, en cuanto estos arbitrios se refieren a la búsqueda por exaltar su figura antisocial o nihilista que resultarán en la creación de su soledad suprema. Tanto la sodomía como la blasfemia y la crueldad en Vallejo se remiten a la necesidad por contaminar la moral social y recrear de este modo una herencia del libertino sadiano, viendo así que los gustos en el libertinaje fueron para Vallejo el método para atentar contra los mismos objetos que le causaban aversión a Sade hace más de dos siglos.

-Nos lo llevamos a nuestro apartamento del Admiral Jet, donde yo era “super”, lo pusimos entre los dos en medio de la cama...

-Y nos lo pasábamos del uno al otro como pelota de ping-pong. ¡Qué noche más caliente, hermano! Y me puse a bendecir a Dios que nos había dado esa belleza y tantas otras, inmerecidamente, y a maldecir de este Papa santurrón que se las da de ecuménico. ¡A ver! ¡Cuándo este tubérculo blancuzco se ha acostado con un negro! (Vallejo, p.133-4)

Para finalizar, en el tercer y último capítulo vemos que Vallejo mediante la influencia de Sade desarrolló su problemática con Dios desde el sujeto insurrecto del rebelde metafísico de Camus. Este rebelde, modelo de escepticismo y subversión, pretendió desde la desvirtuación de la figura numinosa del dios cristiano exaltar al sujeto libertino en cuanto desmitifica a la deidad y lo sustituye por sí mismo. El mal será para el libertino lo que el bien para el cristiano, de esta forma vemos que durante *El desbarrancadero* y *La filosofía en el tocador* el rebelde metafísico que cuestiona su misma existencia y la de Dios se verá indignado con los actos “virtuosos” de este último y será de esta manera aparentemente más moralista que él. La figura de Dios en ambas novelas se ve como una inactiva quimera que desmerece las atenciones del hombre, y desde esta afirmación su existencia será justificada únicamente por su entidad solipsista la cual plantea que lo único inteligible será el placer empírico de la precedera mortalidad. La recusación de ambos sujetos libertinos respecto a los ídolos de la religión y sus seguidores será el producto de la exigencia ontológica del mal en el dios creador, y desde este punto se plantea la solvencia del discurso libertino, en que en la misma historia de la religión cristiana la lógica destructiva prevalece sobre los atributos morales inciertos. El hombre común temiendo la inmoralidad de Dios se alejará del peligro que representa para él, pero el rebelde metafísico, en este caso tanto Sade como Vallejo, sabiendo que este peligro no existe, puesto que el libertino es un ser plenamente empírico que se da cuenta que en su soledad suprema no hay penalización sobre sus culpas, pues no hay culpabilidad, no temerá más tal peligro y se revelará consecuentemente ante la mera posibilidad del mismo.

Constatando que los anteriores capítulos fueron el abocamiento del discurso libertino para incitar al lector hacia la transgresión cultural de la sociedad, para aversar los ídolos religiosos y para cuestionar en última instancia la existencia del hombre, Vallejo traza para el oyente la agudeza y vivacidad de su soledad libertina:

Es muy fácil, doctor, estar loco y que los demás se jodan. Y si no véame a mí aquí ahora, hablando, desbarrando, abusando y usted oyendo. Es que yo creo en el poder liberador de la palabra. Pero también creo en su poder de destrucción pues así como hay palabras liberadoras también las hay destructoras, palabras que yo llamaría irremediables porque aunque parezca que se las lleva el viento, una vez pronunciadas ya no hay remedio, como no lo hay cuando le pegan a uno una puñalada en el corazón buscándole el centro del alma. ¿Cómo por ejemplo cuál? Como por ejemplo, doctor, ese “hijueputa” que nos regalaba la Loca, tan maternal, tan dulce, tan tierno que usted no tiene ni idea ya que las palabras, aunque poderosas, a veces se empantan en su semántica como el

lodo en un charco, y no pueden expresar los múltiples matices del paisaje ni apresar los ires y venires del viento. (p.69)

Referencias citadas

- Azancot, N. (2007, 15 de noviembre), “El lector es una puta. Es voluble, pasajero...” [en línea], entrevista a Fernando Vallejo, disponible en: http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/21672/Fernando_Vallejo/, recuperado: 8 de abril de 2009.
- Balmori, F. (2005), “Paradigmas de violencia en *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo”, [en línea], disponible en: <http://www.sinc.sunysb.edu/publish/hiper/num8/Articulos/balmori.htm>, recuperado: 8 de abril de 2009.
- Barthes, R. (1997), *Sade, Fourier, Loyola*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Camus, A. (1959), *El hombre rebelde. Obras completas, Tomo II: Ensayos*, México, D.F., Aguilar.
- De Sade, D. A. F. (1975), *Correspondencia*, Barcelona, Anagrama.
- De Sade, M. (2002), *La filosofía en el tocador*, Barcelona, Tusquets.
- Duzán, M. J. (2007, 20 de octubre), “Los insultos me producen un placer casi sexual”, entrevista a Fernando Vallejo, en *El Tiempo*, Lecturas: Fin de semana, Bogotá, p. 5.
- El Tiempo* (2006, 27 de octubre), “Vallejo, el ‘malpensante’ ” [editorial], Bogotá, p. 2.
- Fombona, J. (2006, julio), “Palabras y descoyuntamientos en la narrativa de Fernando Vallejo”, en *Ciberletras del Lehman College* [en línea], núm. 15, disponible en: <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v15/fombona.html>, recuperado: 8 de abril de 2009.
- López Velásquez, G. (2007, 19 de febrero), “Granujas de la literatura colombiana”, en *Letralia* [en línea], Año XI • núm.158, disponible en: <http://www.letralia.com/158/articulo01.htm>, recuperado: 15 de abril de 2009.
- Paz, O. (1994), *Un más allá erótico: Sade*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- Sanabria, F. (2008, 13 de julio), “Apartes de un diálogo con Fernando Vallejo”, entrevista a Fernando Vallejo, en *Unperiódico*, Bogotá, p. 23.
- Uribe, J. G. “Viaje a la intemperie por el remolino de Fernando Vallejo”, en *Revista Eje 21* [en línea], entrevista a Fernando Vallejo, disponible en: http://eje21.com.co/php2/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=1493, recuperado: 29 de enero de 2008.
- Vallejo, F. (2003, 2 de agosto), “Discurso para recibir el Premio Rómulo Gallegos por su novela *El desbarrancadero*”, disponible en: http://www.analitica.com/bitbliblioteca/fernando_vallejo/discurso_romulo_gallegos.asp, recuperado: 30 de noviembre de 2008.

Vallejo, F. (2003), *El desbarrancadero*, Bogotá, Casa Editorial El Tiempo.

Villena, F. (2005, julio), “La sinceridad puede ser demoledora. Conversaciones con Fernando Vallejo”, en *Ciberletras del Lehman College* [en línea], núm. 13, entrevista a Fernando Vallejo, disponible en:

<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v13/villenagarrido.htm>, recuperado: 8 de abril de 2009.

Villoro, J. (2002, 6 de enero), “Literatura e infierno”, en *Babelia Digital* [en línea], disponible en: <http://www.trazegnies.arrakis.es/fvallejo.html>, recuperado: 15 de abril de 2009.

Bibliografía

Abad Faciolince, H. (2004, 5 de abril), “Chat con Fernando Vallejo, desde el reino de la muerte”, en *Revista Soho* [en línea], edición 50, disponible en:

http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=1925, recuperado: 15 de abril de 2009.

Afanador, L. F. (2004, 20 de octubre), “Mejor Vallejo que Gabo”, en *Revista Soho* [en línea], edición 56, disponible en:

http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=2450, recuperado: 15 de abril de 2009.

Barthes, R. (1977), “La actividad Estructuralista” en *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral.

Cioran, E. M. (2000), *El aciago demiurgo*, Madrid, Taurus.

De Beauvoir, S. (2000), *¿Hay que quemar a Sade?*, Madrid, Visor.

Delgado, M. “Declaraciones alarmantes de escritor Fernando Vallejo”, en *Club de libros* [en línea], disponible en:

<http://www.clubdelibros.com/archifernandovallejo2.htm>, recuperado: 15 de abril de 2009.

De Sade, M. (1976), *Justine*, Barcelona, A. T. E.

De Sade, M. (1995), “La verdad”, en *Anáfora* [en línea], disponible en:

<http://www.scribd.com/doc/7130283/Marques-de-Sade-La-Verdad>, recuperado: 30 de noviembre de 2008.

Foucault, M. (2005), *Las palabras y las cosas*, México, D. F., Siglo XXI.

Giraldo, L. M. (2007, 13 de mayo), “Fernando Vallejo: memoria y conciencia”, en *El Tiempo*, Bogotá, p. 3-4.

- Guerrero, D. (2007, 13 de mayo), “Por qué Fernando Vallejo es así”, en *El Tiempo*, Bogotá, p 3-4.
- Jaramillo, C. (2007, 3 de julio), “Fernando Vallejo y la Iglesia”, en *El Tiempo*, Bogotá, p. 1-24.
- Jurado, F. “La soberbia del lenguaje en la narrativa de Fernando Vallejo” en *La novela colombiana ante la crítica 1975-1990* (1994) de Luz Mery Giraldo (comp.), Bogotá, Ceja-Universidad del Valle-Centro Editorial Javeriano.
- La desazón suprema retrato incesante de Fernando Vallejo* (2003), [documental], Ospina, L. (dir.), Colombia.
- Murillo, J. “Un Huapiti para Fernando Vallejo”, en *Revista Número* [en línea], disponible en: <http://www.revistanumero.com/16huapi.htm>, recuperado: 30 de noviembre de 2008.
- Paz, O. (1987), *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral.
- Reyes Gómez, A. D. (2005), *El desbarrancadero y el texto de Vallejo como intérpretes del lector* [tesis de maestría], [CD-ROM], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Maestría en Literatura hispanoamericana.
- Shattuck, R. (1998), *Conocimiento Prohibido*, Madrid, Taurus.
- Vallejo, F. (2005, 3 de febrero), “A las madrecitas de Colombia”, en *Revista Soho* [en línea], edición 59, disponible en: http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=2679, recuperado: 15 de abril de 2009.
- Vallejo, F. (2002), *El río del tiempo*, Bogotá, Alfaguara.
- Obra compuesta por:
- *Los días azules* (1985)
 - *El fuego secreto* (1986)
 - *Los caminos a Roma* (1988)
 - *Años de indulgencia* (1989)
 - *Entre fantasmas* (1993)
- Vallejo, F. (2004), *La virgen de los sicarios*, Bogotá, Alfaguara.
- Vallejo, F. “Los difíciles caminos de la esperanza”, en *Revista Número* [en línea], disponible en: <http://www.revistanumero.com/24dificiles.htm>, recuperado: 15 de abril de 2009.
- Vallejo, F. (2004, 14 de julio), “Obituario de Karol Wojtyla”, en *Revista Soho* [en línea], edición 53, disponible en: http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=2242, recuperado: 15 de abril de 2009.

Vallejo, F. (2005, 11 de mayo), “Wojtyla vive”, en *Revista Soho* [en línea], edición 62, disponible en: http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=2899, recuperado: 15 de abril de 2009.